

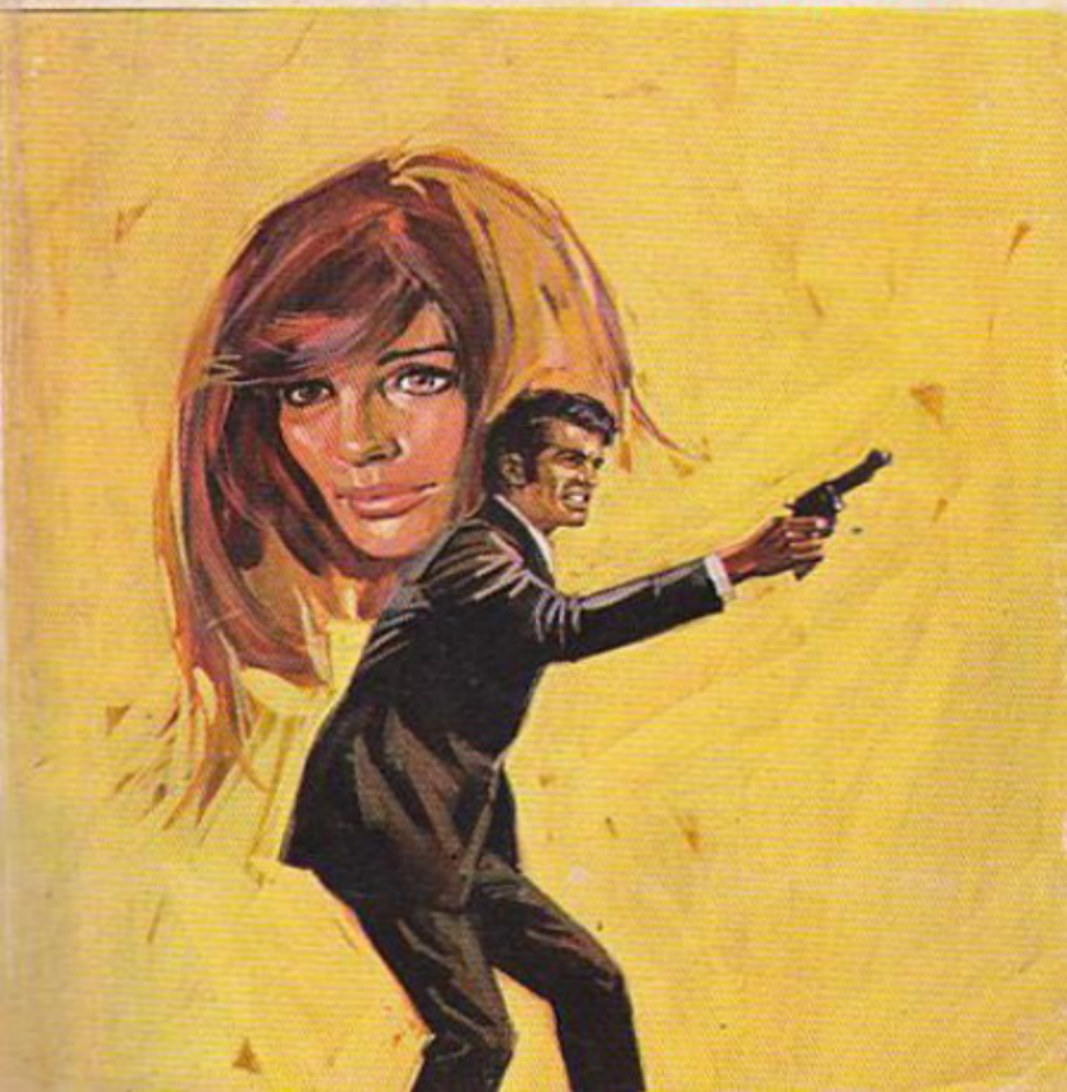
BOLSIUBROS
BRUGUERA

POLICIACA

SERIE
PUNTO
ROJO

todos querían matar

burton hare



TODOS QUERIAN MATAR

BURTON HARE



Colección PUNTO ROJO n.º 651

Publicación semanal

Aparece los SABADOS

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

BARCELONA - BOGOTA - BUENOS AIRES - CARACAS - MEXICO

COLECCION

PUNTO ROJO

PUNTO
ROJO



eb

ULTIMAS OBRAS DEL MISMO AUTOR PUBLICADAS
POR ESTA EDITORIAL

En Colección SERVICIO SECRETO:

1.241. — Amor con sangre entra

En Colección PUNTO ROJO:

647. — Una tumba en la calleja

ISBN 84-02-02520-X

Depósito legal: B. 35.015 — 1974

Impreso en España — Printed in Spain

1ª edición: octubre, 1974

© Barton Haré — 1974 texto

© Jorge Sempere — 1974 cubierta

Concedidos derechos exclusivos a favor de EDITORIAL BRUGUERA,
S. A. Mora la Nueva, 2. Barcelona (España)

Todos los personajes y entidades privados que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

Impreso en los Talleres Gráficos de Editorial Bruguera, S. A.
Mora la Nueva, 2 — Barcelona— 1974

CAPÍTULO PRIMERO

EL *Princess* navegaba bajo un sol espléndido después de una travesía como pocas recordaba su capitán. Un viaje plácido procedente de Oriente, sin un solo día desagradable, sin vientos que hubieran alterado el oleaje. Por una vez, el Pacífico había hecho honor a su nombre.

Acodado en el puente, el capitán saboreaba su pipa contemplando desde su elevada posición los juegos, diversiones y paseos del elegante pasaje. Al día siguiente atracarían en los muelles de Los Angeles y toda aquella gente volvería a sus prisas, sus inquietudes habituales. Quizá algunos de ellos incluso olvidarían el brillante crucero de placer que habían realizado, pero él estaba seguro, o por lo menos quería creerlo, la mayoría seguirían recordándolo el resto de sus vidas.

Aunque bien es verdad que había sido un crucero anodino, sin ninguna alteración. El minucioso programa cuidadosamente estudiado por los expertos de la compañía se había cumplido al minuto, proporcionando a los sedentarios turistas las bien dosificadas emociones por las que habían pagado buen dinero.

De pronto oyó un lejano zumbido. Levantó sus ojos rodeados de oscuras arrugas y tendió la mirada al cielo.

La mayoría de cabezas de quienes estaban en las cubiertas se levantaron también, hasta que descubrieron en lo alto el brillante *jet* que relucía herido por el sol.

El soberbio avión plateado aumentó el aullido de sus reactores al aproximarse. Mientras lo seguía con sus ojos experimentados, el capitán intentó calcular el tiempo que llevaría de vuelo si procedía, como parecía dado su rumbo, de Los Angeles.

A su lado apareció el primer oficial.

—A veces pienso que me hubiera gustado pilotar estos trastos —comentó.

El primer oficial era la atracción número uno de a bordo. Alto, apuesto, rubio y con unos ojos azules soñadores, metido en su bien cortado uniforme hacía latir los corazones de las damas otoñales en cada ocasión que tenían de asediarlo.

El capitán se quitó la pipa de la boca.

—Allá arriba no tendría su acostumbrada corte de admiradoras. Usted no podría soportarlo, Mike.

—Las tendría en tierra —rió el primer oficial—. De veras, estuve tentado de inscribirme en la escuela de pilotos, hace unos años.

—¿Distingue usted el tipo de avión?

—Seguro. Un *Boeing 121*. Recto como una flecha.

La gente comenzaba a desentenderse del espectáculo a medida que el avión se empequeñecía en la distancia.

El primer oficial continuaba mirándolo cuando dijo:

—Se me ocurre que hay otra buena razón para lamentar no haberme decidido a tiempo...

—¿Cuál?

—Allá arriba, como usted dijo, tampoco habría debido soportarlo a usted.

El capitán se echó a reír.

Estaba en mitad de su carcajada cuando el primer oficial dio un respingo y chilló:

—¡Mire!

En la inmaculada y azul inmensidad del espacio, había surgido una lejana bola roja.

Un chispazo más bien, que se oscureció inmediatamente. Luego, como un pájaro herido, el plateado avión se precipitó hacia abajo dando tumbos.

—¡Dios bendito! —jadeó el capitán.

—¡Ha estallado!

—¡Pronto, calcule la distancia! Cambio de rumbo y a toda máquina...

El primer oficial ya no le escuchaba. Sabía bien qué había que hacer en semejantes circunstancias.

Una sirena aulló en medio del aterrado desconcierto del pasaje.

El buque se ladeó airoosamente sobre las olas al variar de rumbo. Toda su estructura crujió, estremeciéndose, cuando las máquinas fueron forzadas al máximo, mientras el capitán, paralizado de estupor, seguía el descenso del pájaro de acero.

Lo vio cómo luchaba aún para estabilizarse, cómo daba dos vueltas sobre sí mismo, ya a escasa altura, sobre la línea del horizonte, y cómo, al fin, con una trágica cabriola, desaparecía.

Se elevó un brillante surtidor de espuma que rompió la inmaculada línea donde se juntaban el cielo y el mar.

El buque cortaba las olas como un afilado cuchillo, las máquinas rugiendo con toda su potencia, en una desesperada carrera contra el tiempo y la muerte.

El capitán se lanzó al puesto de mando, donde el primer oficial estaba ladrando órdenes a través de un megáfono.

Allí dentro no había familiaridades alguna entre los dos hombres.

—¡Ocúpese de que estén listos todos los botes a motor! —rugió el capitán—. Las dotaciones sobre cubierta. ¿Tiene su posición?

—Exacta, señor. Llegaremos en menos de treinta minutos.

—¡Lancen la señal por radio y notifiquen a tierra!

—Sí, señor.

Ya no podía hacer nada más hasta que estuvieran en las inmediaciones del lugar de la tragedia.

Volvió al exterior.

En la lejanía, sobre el mar, se elevó de nuevo un surtidor de llamas, espuma y humo. Instantes después le llegó el apagado sonido de la explosión.

Volvió al puesto de mando y rugió órdenes a todo el personal para que trataran de calmar a los pasajeros. Luego se ocupó de que éstos permanecieran alejados de los lugares de cubierta donde las dotaciones de las lanchas de salvamento empezaban a maniobrar.

Veinticinco minutos más tarde los restos desperdigados del avión empezaron a flotar a su alrededor.

El aparato se había hundido después de explotarle los tanques de combustible, pero infinidad de pedazos flotaban aún. Vio restos de equipajes y oyó el rugido de los motores de las lanchas alejándose del navío.

Pronto empezaron a llegar noticias transmitidas por radio desde las motoras.

Estaban recogiendo los equipajes a fin de que sirvieran para la investigación.

Habían izado a bordo de la primera los cadáveres destrozados de dos hombres y una mujer. Al parecer, no había más restos humanos a la vista.

El capitán agarró el micrófono y ordenó:

—Traigan a bordo todos los fragmentos del avión que puedan encontrar...

—¡Un momento, capitán...!

—¡Escucho!

—Hay una mujer viva... Se sostiene en una maleta, flotando...

—¡Asegúrese de que está viva! ¿Me oye, Michels?

—Perfectamente, señor... Está viva... Es una azafata.

—Michels, abandonen el lugar y tráiganla inmediatamente. Las demás embarcaciones seguirán rastreando.

—Sí, señor.

La azafata era una muchacha pelirroja. Los restos de su azul uniforme apenas cubrían nada de su elástico y juvenil cuerpo, del que

manaba sangre por multitud de heridas. Su rostro estaba tan blanco como el papel.

Fue llevada a la enfermería sin perder un segundo.

Las demás lanchas siguieron rastreando el lugar durante horas, pero no fue posible hallar ningún otro cadáver, y menos aún más supervivientes.

Los despojos del avión desaparecido fueron izados a bordo. El capitán estaba dispuesto a contribuir con todo su saber y precaución a las investigaciones que se desencadenarían de inmediato, de modo que se ocupó personalmente de que cada uno de aquellos fragmentos fuera asegurado en las bodegas.

Después, el buque reanudó su rumbo al puerto de Los Angeles, en un tenso ambiente que se extendió desde el último de los tripulantes al más encopetado de los pasajeros.

Aquella tragedia había ensombrecido el ánimo de todos ellos, enturbiando el último día de un crucero de placer que hasta ese momento fuera perfecto.

Ninguno de ellos podía imaginar entonces las insospechadas consecuencias de lo que habían presenciado.

Ni la sangre que correría a causa de esa misma tragedia...

Capítulo II

PETER Brake emitió un quejido y trató de comprender en qué endiablado lugar se hallaba.

El solo hecho de pensar le provocó un dolor de agonía en la cabeza. Se agitó, asustado. Intentó abrir los ojos y el esfuerzo le arrancó un grito de dolor. Los párpados pegados y la oscuridad era total.

El pánico le invadió. Durante unos instantes trató de relajarse, tranquilizarse y con ello calmar el dolor infernal que le atravesaba el cráneo, cual si le estuvieran clavando un cuchillo de oreja a oreja.

Después, levantó una mano y tanteó aquella masa dolorida que era su cabeza.

Los dedos tropezaron con una maraña de cabello rígido y húmedo. Luego, tatearon el enorme bulto del tamaño de un huevo que milagrosamente había crecido encima de la oreja.

Allí el dolor se concentró en un mazazo que le dejó jadeando.

Siguió la exploración. En la nuca había también una protuberancia tan dolorida como la otra, aunque de menor tamaño.

Debía haberse caído desde un rascacielos, calculó, aturdido.

Hizo esfuerzos para recordar. La cosa no fue fácil.

La fiesta.

Eso era. Había bebido como un cosaco, él y los demás.

Había bebido hasta perder el control, porque después de ese recuerdo de copas y más copas no podía aclarar nada más.

Siguió quieto, «oyendo» dentro de su cerebro el agudo palpar de dolor que latía al mismo ritmo que su sangre.

La fiesta... Se juró no volver a beber una gota más en su vida, aunque sabía que no cumpliría aquel juramento absurdo. Pero se lo repitió una y otra vez.

Tras unos minutos de relajación, volvió a intentar abrir los ojos. De nuevo el dolor y los párpados sujetos de algún modo que no comprendía... Era como si se los hubieran soldado.

Tanteó con los dedos, ayudando el esfuerzo de los músculos elevadores. Con una sensación de desgarradura, los párpados se levantaron y distinguió confusamente una luz sucia, lechosa y un techo desconchado que no recordaba haber contemplado jamás.

Estaba tendido en una cama, eso era seguro.

Lo chocante era que no recordaba nada. Ni qué cama era, ni dónde estaba, ni qué lugar era aquél.

La cabeza latía a un ritmo endemoniado. Apretó los dientes. Tenía que levantarse. Dentro de su torturado cerebro se agitaba una idea vaga, nebulosa. Pero determinada, algo que debía hacer, una cosa inmediata y concreta, urgente...

Debía hacerlo después de la maldita fiesta, eso era. Ir a algún lugar...

Era importante que fuera. Tan pronto terminase la fiesta...

Pero, ¿a qué lugar?

Bueno, la había pillado buena, eso también era condenadamente seguro.

Comenzó a incorporarse con cuidado, porque sentía como si la cabeza fuera a caerle de los hombros.

Logró sentarse y su visión se enturbió, mientras el dolor crecía en oleadas lacerantes. Era una tortura infinita capaz de volver loco a cualquiera.

Peter Brake cerró los ojos ante el embate de semejantes dolores. Luego, los abrió y miró alrededor.

Lo que vio a su lado, sobre la cama, pareció la continuación de la pesadilla de dolor.

Una cabeza reposaba de costado sobre la almohada vecina a la suya.

¡Sólo la cabeza!

Dio tal brinco que salió volando, desplomándose fuera del lecho. Quedó acurrucado en el suelo hecho un ovillo, sacudido por las náuseas.

Gimió como un animal apresado en un cepo. Temblaba y sus dedos escarbaban en el suelo instintivamente. Ya no sentía el lacerante dolor ni la tortura increíble que se desencadenaba rugiendo en su cráneo.

Aquella cabeza...

Era una pesadilla.

No podía ser de otro modo.

Comenzó a incorporarse poco a poco hasta quedar sentado de espaldas a la cama.

Ahora sabía que todo aquello era producto de una pesadilla de borracho, algo que sólo estaba en su mente.

Cuando volviera a mirar, aquella cosa horrenda ya no estaría allí.

Así que miró.

Y la cabeza continuaba en la almohada, y había un enorme charco de sangre en las sábanas revueltas, y la cabeza cercenada parecía devolverle la mirada con unos ojos inmensos, desorbitados, salidos casi fuera de las órbitas.

Peter Brake giró de nuevo, sollozando y estremeciéndose a sacudidas. Debía haberse vuelto loco...

Vomitó y luego se arrastró como un gusano, apartándose de la cama.

Entretanto, la luz sucia que penetraba por la entornada ventana se había hecho más brillante. A medida que el día avanzaba todo a su alrededor cobraba forma y color.

Eran unas paredes cubiertas con un papel oscuro y lleno de manchas indefinibles. Había un cuadro, una marina seguramente arrancada de algún calendario y colocada en un marco barato.

Se detuvo pegado a la pared, estremeciéndose igual que sacudido por la fiebre.

No se atrevía a volverse y ver aquella cabeza cortada mirándole desde el lecho. Había estado todo el tiempo a su lado. Él había yacido junto al espeluznante despojo...

Esa sola idea le revolvió de nuevo el estómago y quedó aplastado contra el suelo durante un tiempo eterno en el que sólo había espanto, soledad y desamparo.

Esa cosa no podía sucederle a él. Esas cosas se leen solamente, pero nunca les suceden a uno... cuando uno es un respetable ejecutivo con un empleo seguro, brillante, de veinticinco mil dólares al año...

Su mente se resistía a pensar. Se sorprendió de pronto al darse cuenta de que de nuevo estaba en blanco. Sólo recordaba la horrible mirada de aquella cabeza, la borrachera en la fiesta de la noche antes y el desamparo en que se encontraba. Era como si los pensamientos se sucedieran igual que las olas sobre la playa, yendo y viniendo en una continua marea.

Al poco se levantó pegado a la pared, evitando mirar hacia la cama. Se forzó a mantener la cabeza inclinada hacia abajo y la mirada clavada en las tablas sucias del suelo.

Así, a medida que se ampliaba su radio de visión, descubrió el cuchillo cubierto de sangre y los pies de un cuerpo tendido al otro lado del lecho.

Eran pies grandes, calzados con gruesos zapatos de sucia de goma.

Eran unos zapatos bastos, ordinarios, que casaban bien con los calcetines a rayas amarillas. Parpadeó, deslizándose pegado a la pared hasta una puerta entornada.

Cuando llegó a ella vio que correspondía a un cuarto de baño, no más limpio que el resto del cuarto. Entró y a trompicones llegó ante el espejo.

Lo que vio reflejado en él le produjo casi el mismo aterrorizado impacto que la cabeza cercenada.

Era un rostro sin afeitar, cubierto de sangre seca. Tenía un ojo hinchado, amoratado, tumefacto. La sangre era lo que había pegado sus párpados, sin duda.

Sobre la oreja destacaba llamativamente un enorme chichón cuya

cumbre retenía aún huellas de sangre. Todo su cabello era también un amasijo ensangrentado semejante a un casco rígido. Por lo demás, el rostro estaba abotargado y ceniciento, con una mirada demencial en sus ojos, por lo general tranquilos, fríos e inquisitivos.

No podía soportar aquella visión de un desconocido aterrado y macilento y hundió la cabeza.

Dejó correr el agua y nunca supo cuánto tiempo permaneció con la cara y la cabeza bajo el chorro frío.

A medida que la frialdad del agua le aplacó, comenzó a asearse instintivamente. Dominaba las náuseas torturantes y se obstinaba en cerrar los ojos para no ver el color rosado de aquella agua que se deslizaba de su propia cara...

Una toalla le sirvió para secarse después, y al fin regresó al dormitorio.

Ahora, y a pesar de que sus piernas seguían temblando violentamente, se forzó a reflexionar con serenidad.

No miró hacia la cama, pero sí dio un vistazo al cuerpo.

Por supuesto, estaba decapitado y el espectáculo era tan horrendo como el primero que contemplara.

El cuerpo de un hombre al que no había visto nunca.

¿O sí?

Conteniendo el aliento, dio un vistazo fugaz a la cabeza.

No; jamás antes viera esa cara.

Bien, era un perfecto desconocido.

Se acercó a la ventana.

Tres o cuatro pisos más abajo se distinguía el movimiento normal en cualquier calle de un suburbio periférico de la ciudad. En todo caso, nunca antes había estado en ese lugar.

Luego, sobre el rumor habitual del tráfico, escuchó el cercano aullido de una sirena.

De modo que estaba en los muelles.

¿Cómo demonios había llegado hasta allí y de lance?

Inesperadamente, como un chispazo, recordó.

Tenía que haber abordado un avión. Incluso recordó que tenía el pasaje y la reserva y el equipaje a punto. Un pasaje para ese día..., siete de setiembre...

La fiesta que no había dejado perder porque era importante..., aunque no recordaba por qué. Esa maldita tiesta, la noche anterior...

Una vez más, la marea se alejó y su mente quedó casi en blanco.

Volvió al cuarto de baño y se forzó a examinar su imagen reflejada en el espejo.

No podía salir con semejante aspecto durante el día. No podría dar

dos pasos en la calle sin que un policía le echase el guante y quisiera saber a qué era debida aquella desastrosa apariencia.

De modo que debía aguardar a la noche... La sola idea de permanecer todo el día en compañía de aquel espantoso despojo ensangrentado le ponía enfermo, pero sabía que no podía hacer otra cosa que soportarlo. Todo antes que ser detenido.

Porque ahora le torturaba otra idea... ¿Quién había cometido aquella sangrienta carnicería?

De nuevo el pánico.

Un hombre enloquecido por el alcohol, convertido en una bestia, era capaz de asesinar a un semejante de aquel modo... ¿O no?

Si pudiera recordar, estar seguro de algo, de cualquier pequeña cosa de tantas como deberían danzar en su dolorido cerebro...

Instintivamente tanteó los bolsillos en busca del paquete de cigarrillos. Sorprendido, comprobó que el traje tampoco era el que había llevado en la fiesta la noche antes... En realidad, era un traje que no le pertenecía. No lo había visto nunca.

A pesar de sus manchas de sangre, hubiera podido reconocer cualquiera de sus trajes, bien cortados, de excelente género. El que llevaba puesto era de confección, gris oscuro, y en cuanto a su corte dejaba mucho que desear.

Estupefacto encontró un paquete aplastado de cigarrillos y encendió uno.

Apenas dio la primera chupada comenzó a toser, ahogándose, y lo arrojó furiosamente.

No era tabaco.

Era...

¡Marihuana!

En su vida había probado esa porquería. Sin embargo, ahora disponía de todo un paquete de «petardos».

En medio del dolor, la cabeza le daba vueltas.

Dejó transcurrir el tiempo pegado a la ventana, tratando de distraer la mente con el movimiento incesante de la calle.

Al pasar los minutos su mente caótica luchó por serenarse, por pensar con cierto método. Recordaba quién era él, Peter Brake, brillante ejecutivo de una colosal empresa de investigaciones...

Había asistido a esa fiesta. Bien, allí había bebido hasta perder la brújula, cosa que no le sucediera nunca antes.

Y necesitaba ayuda, y no podía salir a la calle sin ser cazado al minuto debido a su ensangrentado aspecto.

Bueno, la cosa iba bien. Siguió meditando... ¿Quién podía ayudarle?

Cualquiera de sus amigos. Con su posición debía tenerlos en gran número...

Pero la memoria estaba en blanco. No recordaba el nombre de uno solo de ellos.

Era para volverse loco...

Una y otra vez llegaba a la misma conclusión: necesitaba ayuda... y pronto.

Sin mirar a la cama, se volvió e inspeccionó el cuarto. Así descubrió el teléfono, y el estante donde había las gruesas guías telefónicas.

Fue hacia ellas y comenzó a pasar páginas y más páginas. Millares de nombres saltaban a sus ojos. Nombres de desconocidos, de hombres y mujeres que vivían en esos momentos afanados en sus ambiciones, en sus implacables engranajes.

Desesperado, arrojó la guía a un lado. Comenzó a pasar páginas del tomo amarillo. Allí saltaban a sus ojos las profesiones de toda aquella gente anónima que nada significaba para él...

¿O sí?

Inesperadamente, un pequeño recuadro con un nombre saltó a sus ojos.

El nombre era Irwin Buchanan.

Investigador.

Recordaba ese nombre. Ese tenía algo familiar para él.

Irwin Buchanan, investigador.

Cerró los ojos, estrujando el cerebro en un delirante esfuerzo para traer a su mente la raíz de esa vaga sensación de familiaridad con ese nombre...

Fracasó rotundamente.

Cediendo a un impulso. Descolgó el teléfono y disco el número del detective.

Le respondió una bien modulada voz femenina. Era una voz suave, sensual, que infundía confianza.

—Oficina del señor Buchanan —dijo la voz.

—Deseo hablar con el señor Buchanan... Por favor, es muy importante.

—¿Su nombre, por favor?

—¿Es imprescindible?

—Bueno, sería conveniente...

—¡Pásame con él, señorita! ¿No comprende?

—Aguarde un minuto, tenga la amabilidad...

Reinó el silencio en la línea. Esperó, temblando. Luego, una voz bronca, segura, dijo:

—¿Quién habla?

—¿Señor Buchanan?

—Sí, soy Irwin Buchanan.

—Escúcheme y no cuelgue, por favor... ¿Le recuerda algo el nombre de Peter Brake?

—¿Peter Brake...? Bueno... ¿Y quién es Peter Brake?

—Yo..., supongo.

—¡Cristo! ¿Supone?

—Eso creo.

—¿No está seguro?

—No estoy seguro de nada. ¡Por Dios, Buchanan! Intente acordarse de mí. Sé que alguna vez el nombre de usted se cruzó en mi camino...

—Peter Brake... Oiga, ¿no será una broma, amiguito?

—¡Ojalá lo fuera! Pero es una pesadilla, no una broma...

—Aguarde... Sí, creo que sí... Brake, de International Incorporated...

—¡Sí, sí!

—Hice un trabajo para su compañía, hace tiempo. Hice los arreglos con usted. Lo recuerdo perfectamente. Bueno, ¿cuál es la dificultad ahora?

—Escuche..., no sé dónde estoy. No puedo recordar absolutamente nada. Pero necesito ayuda, ayuda urgente, señor Buchanan.

—Bien, tranquilícese. Tratemos de aclarar esto...

—No puedo salir. No puedo preguntar nada. Imagino que se trata de un hotel o algo así..., cerca de los muelles. ¿Tiene usted algún modo de averiguarlo?

—Tal vez... Pero cálmese, y no cuelgue el teléfono. Brake. ¿Me oye?

—Sí... ¿Va usted a ayudarme?

—Lo intentaré. Es mi trabajo. No cuelgue.

La línea quedó silenciosa. Brake aferraba el auricular con tanta fuerza que los nudillos le blanqueaban. Todo el dolor del mundo parecía concentrado en su cráneo, pero apenas lo notaba ahora ante la esperanza de obtener la preciosa ayuda que necesitaba.

Unos minutos después, la voz del detective retumbó por el aparato.

—Está bien, Brake. Puedo llegar hasta usted, pero dígame primero qué es exactamente lo que desea de mí.

—¡Dios bendito! Usted es mi única esperanza. Y no puedo hablar por teléfono. Sólo venga. Le pagaré cuanto me pida, sea la suma que sea...

—Está usted en un hotel de Cancery Street, cerca de los muelles de carga. Es un buen viaje desde mi oficina. ¿Sabe si está inscrito con su verdadero nombre?

—¡No sé nada, Buchanan!

—¿Puede usted ver la calle desde su cuarto?

—Sí...

—Bien, tardaré como una hora en llegar ahí... Vigile usted por la ventana para que yo pueda verle y calcular cuál es su cuarto. Ahora,

¿puede decirme en qué clase de apuro está metido?

—Si se lo dijera por teléfono, usted no vendría. Dese prisa, por lo que más quiera.

—Muy bien. Dentro de una hora más o menos estaré con usted.

Sonó un chasquido y el teléfono quedó mudo.

Peter Brake colgó y todo su cuerpo se relajó. Una sensación de mareo le invadió y estuvo a punto de desmayarse otra vez, de modo que tuvo que apoyarse en la pared y así dejó pasar el tiempo.

Después, acercándose a la ventana, se quedó apoyado en ella. La mirada perdida en el vacío, sin ver nada, sólo las imágenes enloquecedoras que seguían indelebles en su cerebro. Las imágenes de un cuerpo decapitado, de una cabeza colocada sobre la almohada, sangrante, los ojos saltones... Mirándole.

Ahogó un quejido y se forzó a mirar abajo, a la gente, a los coches, a los negros que pululaban por las aceras, a las mujeres que pasaban riendo y parlotando...

Oía ahora los broncos aullidos de las sirenas de los buques, de los remolcadores. El sordo latir de máquinas cercanas, los chillidos de las gaviotas...

Levantó la mirada y vio a las aves evolucionar en lo alto.

Entonces, sin ninguna duda estaba en la parte sur de los muelles, allí donde se concentraban los barcos de pesca...

Perdió la noción del tiempo y de pronto vio detenerse un coche al otro lado de la calle.

Era un «Ford Mustang» color crema, convertible. Sin saber por qué, estuvo seguro de que se trataba de Buchanan...

El coche quedó inmóvil y durante unos instantes no ocurrió nada. Después, un hombre se apeó y se entretuvo en la acera el tiempo de encender un cigarrillo.

Era un hombre alto, con sólidos hombros y cintura estrecha. Su cabeza descubierta estaba coronada por una espesa pelambrera negra excepto en las sienes, donde había unas sombras plateadas.

—¡Buchanan! —jadeó Brake, como si quisiera llamarlo a gritos.

Aquel hombre estuvo casi un minuto en la acera, apoyado en su coche, como si esperase algo o a alguien. Después, arrojando el cigarrillo, atravesó la calle.

Peter Brake sintió que las piernas le flaqueaban. Quedó pegado a la ventana, balanceándose al borde de la inconsciencia...

Cuando llamaron a la puerta casi tuvo que arrastrarse para llegar a ella.

Capítulo III

BUCHANAN dirigió otra vez sus ojos al horrendo espectáculo de la cama y torció el gesto.

—¿No sabe si lo hizo usted o no, Brake? —gruñó, aspirando el humo del cigarrillo, tratando de calmar su alborotado estómago.

Peter Brake se encogió de hombros, abatido.

Había contado su historia, todo lo que recordaba, que era casi nada, y ahora se sentía vacío, exhausto, estrujado como un limón al que se ha exprimido hasta la última gota.

—No sé nada más, Buchanan —gimoteó—. ¿Cree usted que yo pude cometer esta sangrienta salvajada?

—¿Cómo puedo saberlo? Usted dice que hoy debía tomar un avión. Recuerda eso, pero no el punto de destino de ese avión. ¿Conserva el billete?

—No lo sé...

—Pero sí sabe que lo adquirió,

—¡Sí, sí! Tomé el pasaje y la reserva, y preparé el equipaje antes de acudir a la fiesta...

—Entonces, el pasaje debe estar en alguna parte. ¿Tal vez en sus bolsillos?

Comenzó a registrar los bolsillos del traje. De un traje que tampoco era el suyo.

Irwin se había quedado rígido un instante. Luego, como si sólo fuera un simple comentario, dijo:

—Dice usted que ese pasaje era para hoy, siete de setiembre...

—Eso es.

—Y la fiesta tuvo lugar la noche pasada, ¿eh?

—Seguro. De eso estoy seguro, Buchanan.

—O sea, la noche del seis al siete de setiembre.

—¡Acabo de decírselo! —Brake dejó de escarbar en los bolsillos y dirigió sus ojos desamparados al detective—. ¿Por qué diablos me mira de ese modo?

—Porque cuanto más habla usted, más lo complica todo. ¿De verdad no sabe qué día es hoy?

—Siete de setiembre, naturalmente.

—No.

—¿Cómo que no? Diga, Buchanan, estoy bastante apurado. No intente confundirme más, por favor.

—Diecisiete de setiembre, Brake. Esta es la fecha de hoy.

Peter Brake se quedó helado, boquiabierto.

—¿Está bromeando?

—Con esa cabeza mirándonos no tengo ningún sentido del humor. Hoy es diecisiete de setiembre, lo cual quiere decir que o usted está loco o quiere hacerme tragar una historia absurda, o en su cerebro hay una laguna de diez días en blanco. Y ese cadáver lleva sólo unas horas muerto, no diez días, así que piénselo y decídase por una historia u otra, pero decídase. No puedo ayudarle si no confía en mí.

Peter Brake retrocedió tambaleándose hasta encontrar el apoyo de la pared. El pánico crecía de nuevo ahogando el dolor, anegándolo todo.

—No es posible —jadeó—. ¡Por Dios, Buchanan, no puede ser!

El detective arrojó el cigarrillo por la ventana y gruñó:

—¿Qué lleva en los bolsillos?

—Nada... Bueno, sí; ese paquete de cigarrillos de marihuana que yo jamás he fumado. No tengo la menor idea de dónde salió.

—¿Ningún dinero?

—No.

Buchanan se volvió. Sus ojos helados se fijaron un instante en el cuerpo decapitado. Luego, inclinándose, registró los bolsillos del cadáver tratando de mover lo menos posible las ropas.

Fue sacando el contenido y dejándolo a un lado. Cuando terminó, dijo:

—Aquí tenemos un buen botín... Documentos a nombre de Edgar Holstein..., cigarrillos, unas llaves, cerillas, un fajo de billetes muy respetable y un par de papeles con anotaciones. ¿Recuerda usted ese nombre?

—Edgar Holstein... No, es la primera vez que lo oigo. Yo no había visto a ese tipo en mi vida.

—Me gustaría estar seguro de eso. Usted no recuerda nada... ¿O sí, Brake?

—Le aseguro que no... Sé quién soy, pero todo lo demás es como si estuviera oculto detrás de una cortina negra.

Irwin envolvió las pertenencias del muerto en su propio pañuelo y lo hizo desaparecer en sus bolsillos.

—Está usted en un buen lío, amigo —gruñó—. Tanto si le cortó el gaznate a ese tipo como si no lo hizo, va a verse metido en un infierno. Sus huellas estarán por todo el cuarto y la policía las encontrará sin ninguna dificultad. Eso, suponiendo que esa bruja que he visto en la recepción no le conozca a usted. ¿No sabe cómo llegó ni si está inscrito?

—Nada, Buchanan; no recuerdo nada.

El detective hizo un gesto de desaliento.

—Trataré de ayudarlo —decidió—. Pero si está mintiendo es mejor que se tire por la ventana desde ahora, porque nada ni nadie podrá salvarle.

—¿Es que no me cree?

—Reconozca que su historia es absurda, delirante. Que le crea yo no importa. Pero imagine que la cuenta a la policía o al fiscal. Tendrían el caso más claro de asesinato de toda su carrera y usted sería condenado tan rápidamente que no tendría tiempo ni de darse cuenta.

—Entonces, ¿por qué está usted dispuesto a ayudarme, si realmente piensa así?

—Porque, entre otras cosas, voy a cobrarle a usted tanto dinero que podré largarme de vacaciones una temporada. Y también porque el aspecto de su cabeza me intriga.

Brake se estremeció.

—¿Qué pasa con mi cabeza?

—Tiene dos bultos como huevos. Le golpearon tan duro que hubieran podido matarle. Además, recibió usted una paliza, y esos golpes, amigo, no se los dieron con las manos, sino con algún objeto sólido y duro.

—¿Y...?

—No hay ningún objeto semejante en este cuarto. Alguien se lo llevó.

Brake dio un salto, excitado.

—¡Dios, no se me había ocurrido!

—Deje de alborotar. Para la policía, eso no cambiaría nada. Dirían que usted lo arrojó por la ventana cuando empezó a pensar en las consecuencias de lo que había hecho. Y es casi seguro que sus huellas dactilares estarán en ese cuchillo...

—Entonces, ¿qué vamos a hacer?

Buchanan encendió otro cigarrillo, tras ofrecerle uno al aturdido Brake.

Después, dijo:

—Le sacaré de aquí y buscaremos un lugar donde ocultarle durante unos días. Voy a jugarle la cabeza por usted, Brake. Y no lo hago por simpatía ni porque crea plenamente en lo que me ha contado...

—Fije una suma, la que quiera...

—Diez mil dólares, Brake.

Este se estremeció. Pero luego dijo sin titubear:

—Hecho.

—Bueno, quítese todas las ropas y métase en la bañera. No deje sobre su cuerpo ni la menor huella de sangre. Trate de recomponer su

rostro lo mejor posible. Yo volveré con otro traje y todo lo que necesite y le traeré una maquinilla de afeitar. Cuando tenga un aspecto normal, saldrá conmigo.

—¿Y luego?

—Ya veremos. Lo primero es largarse de aquí para poder avisar a la policía y...

—¿Va a meter a la policía en esto? —chilló Brake, asustado.

—Naturalmente. Ellos trabajarán con más efectividad que yo en el caso. Tarde o temprano le identificarán a usted debido a las huellas dactilares, pero confío que para entonces tenga algún hueso que darles para entretenerles. ¿Comprende?

—Lo que usted diga, Buchanan.

—Entonces, no perdamos tiempo.

Buchanan se fue y Brake comenzó a desvestirse. Por primera vez, un rayo de esperanza parecía desgarrar las nubes del pánico y la desesperación.

Capítulo IV

EL apartamento de Peter Brake estaba situado en la cumbre de un edificio de nueva planta. Era confortable, amplio y perfectamente decorado.

Buchanan lo abarcó todo de una mirada y gruñó:

—¿Nota usted si alguien ha andado revolviendo por aquí, Brake?

Este sacudió la cabeza.

—Todo está en orden.

—Bien, entonces busque usted ese pasaje de avión y entretanto trate de recordar algo. Luego hablaremos.

—¿Por qué tiene usted tanto interés en ese pasaje?

—Porque quiero saber si realmente hay una laguna de diez días en su mente, o se trata sólo de una confusión momentánea debida a los golpes que recibió anoche... o si está mintiendo.

—Ya veo...

—¿Dónde tiene usted las bebidas?

—Allí..., en el bar.

Buchanan se instaló en una banqueta y saboreó un buen trago de whisky, mientras su cliente revolvía el apartamento en busca de un pasaje aéreo que no apareció.

—No lo comprendo... Debía de estar aquí, a menos que lo llevara en el bolsillo y alguien me lo robara...

—¿Y el equipaje?

—Está en el dormitorio.

—¿Intacto?

—Sí.

—¿Puede recordar cómo pidió el pasaje? Por teléfono, personalmente... ¿Cómo?

—No sé..., supongo que por teléfono. Siempre debía hacerlo así. No dispongo de mucho tiempo en mi trabajo...

—Eso es algo que habrá que ver. Si ha pasado usted diez días fuera de su oficina, alguien debe haberle echado de menos... Recuerdo que había una secretaria rubia cuando yo estuve a verle hace meses.

—¿Rubia?

—¿Tampoco recuerda a su secretaria?

—Le juro que no, Buchanan. No recuerdo nada.

—¿Ni dónde tuvo lugar esa fiesta en la que se emborrachó?

—En absoluto.

El detective suspiró.

—Está bien, no perdamos más tiempo. Tome ese equipaje que ya tenía preparado y larguémonos de aquí.

—¿Adónde?

—Se quedará usted en una casa en la playa. No saldrá de allí, no responderá al teléfono aunque llame. Si me entero de que desobedece una sola de mis órdenes le entregaré a los perros sin dudarle un instante. ¿Comprende lo que quiero decir?

—Sí, pero se me ocurre que me trata usted de un modo muy rudo para ser su cliente.

—Me estoy jugando la licencia por usted. Y aún no he visto el color de su dinero, ya que estamos en eso.

—Es cierto... Lo siento.

Brake fue en busca de su libro de cheques y rellenó uno con resolución.

Buchanan lo examinó antes de guardarlo en su cartera.

—Vámonos —dijo.

Salieron como habían entrado, por la escalera de servicio.

* * *

La secretaria era una belleza de ojos soñadores, cabello rabio y aspecto eficiente. Enarcó sus deliciosas cejas y se estremeció.

—Señor Buchanan —murmuró—. ¿Es que no lee usted los periódicos?

—Sólo las páginas de las carreras de pencos. ¿Por qué?

—El señor Brake no está aquí... En realidad, ya nunca más podrá volver a ocupar su puesto.

El detective no necesitó simular su estupor.

—¿Por qué no? ¿Le despidieron o qué?

Ella abanicó sus largas pestañas. Suspiró y la delantera de su vestido pareció a punto de estallar, empujada por los senos retadores.

—Murió —dijo—. Desapareció en ese accidente de aviación... hace casi dos semanas...

Irwin se quedó mudo. Recordó que había leído los sensacionales titulares del accidente, pero sin haberles prestado mayor importancia.

—De modo —murmuró—, que el señor Brake era uno de los pasajeros...

—Así es. Fue una desgracia terrible.

—¿Adónde se dirigía, lo sabe usted?

—Claro, yo encargué la reserva por teléfono a la Trans World. El señor Brake iba a Honolulu.

—¿De vacaciones?

—Por supuesto que no. Se trataba de un asunto de negocios.

El suspiró, inclinándose sobre la mesa de la hermosa muchacha.

—Oiga —dijo—, usted sabe que yo he trabajado algunas veces para esta firma, ¿no es cierto?

—Desde luego.

—Entonces, no tendrá inconveniente en ayudarme, ¿sí?

—Eso depende, señor Buchanan... ¿Cuál es su interés en este asunto?

—Digamos que yo estaba realizando una investigación por cuenta del señor Brake... Un asunto personal, desde luego.

Ella dirigió una mirada fugaz a una puerta cerrada.

—En este caso, no puedo discutir ese asunto durante mis horas de oficina. Este es un buen empleo y no quisiera perderlo.

—Bueno, eso tiene fácil arreglo. ¿Qué tal si cena usted conmigo esta noche? Le aseguro que soy un buen anfitrión.

Los duros ojos de Buchanan parecieron cobrar súbita vida cuando sonrió. Incluso los rasgos de su cara, angulosos y firmes, se humanizaron.

La espectacular rubia le devolvió la sonrisa.

—Una cena..., ¿estrictamente de negocios?

—En principio, sólo en principio.

—De acuerdo. Me arriesgaré.

—Nada de riesgos. Estará segura en mis manos.

—Ciertamente, eso es lo que temo..., que esté segura en sus manos. Vivo en Lancey Road, y mi nombre es Carol Mark. Figuro en la guía telefónica, ¿sabe?

—¿A las ocho?

—Es una buena hora.

—Trataré de que sea una noche grata para usted.

Salió, envuelto aún en la fragancia que se desprendía de la muchacha.

Caminó pensativo durante un buen trecho, hasta donde dejara el coche.

La noticia de la supuesta muerte de Brake en un accidente de aviación ocurrido casi dos semanas antes le había dejado perplejo. Era algo insólito, sobre todo teniendo en cuenta que, según recordaba haber leído, no se trató de un vulgar accidente, sino de un sabotaje criminal.

El nombre de Peter Brake figuraba sin ninguna duda en la lista de pasajeros desaparecidos en el accidente.

Buchanan encendió un cigarrillo y dirigió una mirada crítica al empleado de la compañía aérea que se la había facilitado.

—Supongo —dijo—, que no existe la posibilidad de que alguno de estos pasajeros se hubiera quedado en tierra...

El empleado sacudió la cabeza.

—Ni la más remota. La lista fue confeccionada y cotejada con la relación de embarque. Todos ellos tomaron el avión.

—Tengo entendido que el exceso de peso en los equipajes queda también registrado, para el correspondiente suplemento de precio del pasaje. ¿Es así?

—Naturalmente. ¿Puede decirme qué es lo que desea saber exactamente, señor Buchanan?

—Se lo diré. Uno de los pasajeros desaparecidos tenía una póliza de seguro privado. Me han encargado comprobar rutinariamente todos los detalles de su muerte, eso es todo.

—Claro, lo comprendo. Bien, ¿por cuál se interesa concretamente?

—Peter Brake.

—Aguarde un instante...

Repasó unas hojas azules y luego dijo:

—El señor Brake pagó un suplemento de cinco dólares y cuarenta centavos por exceso de equipaje. Esa es otra demostración de que tomó el avión.

—Ajá, ha sido usted muy amable.

Se alejó, pero repentinamente, como si la cosa se le acabara de ocurrir en ese momento, volvió sobre sus pasos.

—Oiga, tal vez pudiera mantener una entrevista con esa azafata que se salvó... ¿Cree usted...?

—La señorita Collins no puede recibir visitas todavía. Sólo los agentes federales que investigan la catástrofe pudieron hablarle durante unos minutos. De cualquier modo, créame, no existe ni la más remota posibilidad de que el señor Brake se quedara en tierra. Él tomó el avión.

—Bien. Era sólo una idea. Gracias.

Esta vez se fue definitivamente.

Introdujo el coche entre el tráfico a duras penas y condujo rumbo al brillante edificio de la policía.

No obstante, y a pesar de la masa de coches que se apretujaban en las calles, no tardó en advertir el *sedán* negro que le seguía, tenaz como su propia sombra.

Capítulo V

EL capitán Sheridan, de la Brigada Secreta de Los Angeles, era un individuo taciturno, a quien la experiencia y las dificultades para elevarse hasta el puesto que ocupaba habían dado cierto aire ceñudo que conocían bien muchos individuos que pudrían sus huesos en las cárceles.

Tras escuchar a Buchanan envuelto en una cortina de espeso humo, gruñó:

—Ahora dime una sola razón por la cual deba complacerte. Con franqueza, yo no veo ni una sola.

—Bueno, tal vez pueda corresponderle antes de lo que imaginas.

—¿Quién, tú? —cacareó.

—Eso dije.

—Mira, esa catástrofe de aviación está siendo el asunto del año, no sólo aquí, sino en todo el país. Los federales y sus especialistas la han agarrado y no la soltarán hasta desentrañar el misterio. Se trata del peor sabotaje desde la guerra y murieron en él más de cien personas...

—¿Adónde quieres ir a parar con toda esta explicación?

—Sencillamente a esto: Si yo empiezo a interferir ante las narices de los muchachos del FBI querrán saber por qué lo hago, qué busco y por qué razón. Y no tendría una condenada razón que darles. ¿Lo ves ahora o estás bizco?

—Todo lo que pido es echar un vistazo a los equipajes que, según los periódicos, fueron recogidos por ese barco que acudió en auxilio del avión.

—Casi nada, ¿eh?

—¿Sí o no, Sheridan?

—No. A menos que hables un poco más.

El detective suspiró resignadamente.

—Está bien, tú ganas. Quiero revisar el equipaje de un tal Peter Brake, si es que fue recogido en el mar.

—¿Por qué?

—¡Cuernos, esto parece el tercer grado!

—Te conozco, por algo fuiste uno de mis mejores oficiales no hace tantos años. ¿Por qué, Irwin?

—Bueno. Tengo mis dudas respecto a ese equipaje y su dueño...

—Más claro.

Buchanan encendió un cigarrillo, como si se sintiera apabullado.

—Hagamos un trato —propuso—. Tú me facilitas el modo de que yo pueda examinar ese equipaje..., si es que existe. Luego, yo te proporciono uno de esos embrollos a los que eres tan aficionado... Un embrollo que llevará tu nombre a las páginas de los periódicos durante un mes como mínimo.

—A veces me gustaría retorcerte el pescuezo...

El policía descolgó el teléfono y pidió comunicación con la Oficina Federal de Los Angeles.

Mientras esperaba, comentó:

—Si tienes la idea de escabullirte sin dar nada a cambio de mis desvelos, ya puedes ir cambiando de plan, viejo zorro. Tengo un par de ideas para obligarte a soltar la lengua.

—¿Te he fallado alguna vez? —exclamó Buchanan, indignado.

—¿Alguna? Podría nombrar cincuenta sin pensar mucho... ¡Oiga! Quiero hablar con Frank Lovejoy —ladró a través del auricular.

Esperó unos instantes y luego dijo:

—¿Frank? Aquí Sheridan, de la Secreta... ¿Cómo te va? Sí, claro, lo contrario sería demasiada suerte...

Bueno sí, realmente, quiero algo... Es sólo un pequeño favor. Esos equipajes que se recuperaron del avión saboteado... ¿Qué? No, no, nada de eso, Frank. Es estrictamente fuera de la línea oficial. Oye, ¿hay alguna maleta o algo así de un tal Peter Brake? Sí, esperaré.

Buchanan gruñó:

—No veo que te pongan demasiadas dificultades...

—Aún no les he pedido nada. Espera y verás.

Instantes después la voz del teléfono vibró de nuevo. Sheridan emitió unos monosílabos y luego gruñó:

—Espera un segundo, Frank... —se encaró con Buchanan—. Hay una pequeña valija de Peter Brake entre los equipajes recuperados. Saben el nombre por la etiqueta sujeta al asa. ¿Y bien?

—Quiero echarle un vistazo...

—Bien —lo pensó un instante y tras esto habló de nuevo por el auricular—. Está bien, Frank. ¿Sería posible dar un vistazo a esa valija? Por supuesto, extraoficialmente... ¿Qué? Tú puedes conseguirlo, hombre. Es sólo ver su contenido, ni más ni menos. Ajá... Gracias, iremos ahí ahora mismo.

Colgó y sus ojos astutos se clavaron en el detective.

—Bueno, podemos examinar el contenido de esa maleta.

—¿Has dicho «podemos»?

—Oíste perfectamente. Iré contigo.

—No te fías de mí, ¿eh?

—Tanto como del demonio. Andando, tipo listo.

Cuando descendían las escaleras, Buchanan comentó cual si la cosa no tuviera la menor importancia:

—Tal vez fuera buena cosa que ordenases a alguien que siguiera al coche que me está siguiendo a mí.

El capitán se detuvo en seco.

—¿Por qué infierno no lo dijiste antes?

—Porque pensé que quizá fueran demasiadas peticiones a la vez. Pero es el caso de un *sedán* negro, con matrícula de la ciudad, viene tras de mí desde hace rato.

—Vamos a verlo.

Buscaron el coche sospechoso, pero no pudieron localizarlo por ningún lado.

Buchanan gruñó perplejo:

—Tal vez se cansó de esperar.

—O tú viste visiones. A veces, a los tipos listos los dedos se les antojan huéspedes.

—Puede que tengas razón...

Tomaron el coche del detective y salieron del aparcamiento a toda velocidad...

Capítulo VI

EL maletín era reducido y contenía apenas unas prendas interiores, pañuelos, un frasco de colonia y un pequeño estuche con una maquinilla de afeitar eléctrica.

El agua había arrugado las prendas de ropa y deteriorado el maletín, pero en la etiqueta de la compañía aérea podía leerse aún el nombre del viajero: Peter Brake. Sheridan refunfuñó:

—Ahí tienes tu gran tesoro. ¿Qué esperabas encontrar aquí, las joyas de la corona de Inglaterra?

—Tal vez te llesves una sorpresa si haces que se «levanten» las huellas dactilares de esta afeitadora.

—¿Qué diablos estás pensando?

—Aquí, entre tú y yo, y para corresponder a tus esfuerzos por ayudarme, te diré que tengo la corazonada de que ese Brake no tomó el avión. Ese equipaje pertenecía a alguien que embarcó en su lugar.

Estupefacto, el capitán Sheridan tardó medio minuto en asimilar todo eso.

Luego gruñó:

—Esa sería buena... ¿Quieres decir que Peter Brake se quedó en tierra?

—Ajá.

—¿Y qué otro individuo tomó el avión, utilizando su nombre y reserva, pero llevando su propio equipaje?

—Ni más ni menos. Por lo menos, estoy casi seguro de que Brake no envió siquiera su equipaje a bordo, de modo que el que figuraba en su nombre debía pertenecer a otro. ¿Quieres ocuparte de que saquen las huellas dactilares de esa afeitadora?

—Más despacio... Si Brake embarcó a alguien con engaños, entonces sería el sospechoso ideal como autor del sabotaje...

—Ahora estás llegando demasiado lejos, pero no puedo evitar que sospeches de él. —No, no puedes evitarlo, desde luego. ¡Maldita sea! Estaría bueno que me hubieses dado «a mí» la solución de un caso sensacional como éste...

Buchanan ocultó una sonrisa y sólo dijo:

—Espero que lo recuerdes cuando alguna otra vez te pida un favor.

—Aguarda un poco, el tiempo de hablar con Frank y me llevarás a

mi despacho.

—Muy bien.

La espera duró casi treinta minutos. Después, mientras salían de las oficinas federales, Sheridan informó:

—Ellos sacarán las huellas y me dirán a quién pertenecían. No he soltado aún la bomba, pero Frank está con la mosca en la oreja.

En la calle se alineaban los coches a lo largo de la acera. Antes de llegar al «Mustang» de Irwin, éste se detuvo en seco y exclamó:

—¡Infiernos! Mira ese coche...

—¿Qué pasa con él? No hay nadie en él y...

—Es el que estuvo siguiéndome.

Sheridan dio un respingo. Se acercó al auto y probó las portezuelas, pero estaban cerradas. En un instante hubo anotado la matrícula y tomado los datos necesarios.

—Sabremos a quién pertenece en cuanto llegue a mi oficina... Anda, vamos. Todo esto está comenzando a interesarme en gran manera.

Para un hombre en su posición, averiguar el nombre del propietario de un coche, disponiendo de la matrícula, era realmente un juego de niños.

Tardó menos de diez minutos en conseguirlo.

—Charles Sinclair —murmuró, colgando el auricular—. Averiguaré quién es ese tipo y te llamaré a tu despacho, Irwin.

—De acuerdo. Y no dejes de decirme también quién era el propietario de aquella maleta.

—Lo haré, pero, de momento, me gustaría saber cómo diablos te dio esa... «corazonada».

—Cada cosa a su tiempo.

Salió antes de que al capitán se le ocurrieran más preguntas.

Pero no abandonó el edificio. Sólo descendió algunas plantas, hasta llegar a los dominios del sargento Raymond, amo y señor de los formidables archivos policíacos.

El sargento estaba cerca del retiro, le gustaba fumar grandes cigarros y conocía a Buchanan desde que éste ingresara en la policía, tantos años atrás que el propio Buchanan casi lo había olvidado.

—¡Diablos, quién está aquí! —comentó—. ¿Cómo le van las cosas, sabueso?

—No puedo quejarme, aunque a mí nadie me pagará un retiro cuando llegue el momento.

Irwin deslizó un enorme cigarro puro por encima de la mesa y dijo:

—Esto es un soborno.

—Lo contrario iría contra las normas de la casa... —se embolsó el puro y enseñó los dientes en una mueca—: Suéltelo.

—El tipo se llama Edgar Holstein. Es todo lo que sé de él.

—Si está en nuestra extensa familia, será suficiente.

El sargento se fue bamboleándose. Buchanan pensó que había engordado mucho desde la última vez que le viera.

Cuando regresó traía una pequeña hoja de papel en la mano.

—Toda una lumbrera. Ahí tiene, y que le aproveche. No voy a preguntarle por qué se interesa por un individuo tan notable.

—Hace usted bien, sargento, así se evita escuchar embustes. Gracias, sargento.

—A usted.

Se fue rápidamente.

Una vez en la calle leyó el nombre de Edgar Holstein escrito en el papel y luego su «brillante» historial, así como sus últimas señas conocidas.

Holstein había sido condenado dos veces por asalto, juzgado otras tres por atraco y agresión, sin pruebas suficientes para condenarlo. Se sospechaba que en sus últimos tiempos se dedicaba a hacer trabajos por cuenta de otros delincuentes más importantes.

—Un pistolero a sueldo —masculló Buchanan entre dientes.

Entró en su coche y se dirigió a su propia oficina.

La secretaria, una pizpireta pelirroja, tan espectacular como eficiente, levantó la cabeza de la máquina de escribir y sonrió.

—Creí que había abandonado el negocio —comentó con sarcasmo, echándose atrás en el asiento—. Hay un individuo que está intentando hablarle desde que se fue.

—¿Quién es, se lo dijo?

—No. Se negó a dar su nombre, pero aseguró que usted sabía muy bien dónde comunicarse con él.

—Bien... ¿Eso es todo?

—No hay más. Este negocio no marcha de un tiempo a esta parte.

—Empiece a preocuparse cuando deje de pagarle el sueldo. Y hablando de finanzas, sería bueno que ingresara este cheque en el Banco mañana a primera hora. Y no se le ocurra fugarse con el dinero.

Entró en su despacho privado. La pelirroja dio un vistazo distraído al cheque. De pronto, dio un respingo y jadeó:

—¡Diez mil dólares!

Se levantó de un brinco y corrió al despacho privado de su jefe y casi chilló:

—¿Es cierto que vamos a ingresar diez mil dólares, o se trata de una broma?

—«Voy» a ingresar diez mil dólares, pequeña. No pluralice cuando se trata de asuntos de dinero.

—Eso quise decir... ¡Jefe, eso es mucho dinero!

—El suficiente para que cuando vuelva a proponerle que cene conmigo, diga usted que sí.

—Recuérdemelo una de estas noches...

Cerró la puerta y Buchanan descolgó el teléfono y disco un número.

Entonces, una voz precavida murmuró:

—¿Quién habla?

—Buchanan. ¿Estuvo llamándome, Brake?

—¡Seguro! Dios, voy a volverme loco, encerrado aquí.

—Sería peor verse encerrado en una celda. ¿Qué quiere?

—Recordé algo más, ¿sabe?

—Suéltelo.

—Ocurrió de un modo raro... Me eché tratando de dormir un poco. Creo que lo conseguí cuando de pronto me desperté en medio de una pesadilla. En ella había una mujer... y yo la llamaba.

—¿Y qué con eso? Era sólo un sueño.

—¡Espere! Yo la llamaba por su nombre, ¿comprende?

Buchanan se enderezó de súbito.

—¿Qué nombre?

—Betty.

—¿Eso es todo?

—Sí... Pero no puedo recordar quién es Betty, ni de qué la conozco, si es que realmente la he conocido alguna vez.

—Entonces, no hemos adelantado mucho. De todos modos, eso demuestra que su cerebro está luchando por salir de ese condenado marasmo en que está sumergido. Siga intentándolo, pero no vuelva a llamarme. Yo lo haré de vez en cuando.

—De acuerdo, Buchanan. ¿Ha adelantado usted algo?

—Un poco. Ya le contaré cuando le vea.

Colgó, pensativo. Luego volvió a descolgar el auricular y llamó al capitán Sheridan. —Aquí Buchanan —dijo—. ¿Tiene algo para mí?

—¿Estás impaciente o qué te pasa? Pero, desde luego, tengo algo.

—¿Y bien?

—Se trata de Charles Sinclair, el propietario del *sedán* negro.

—Ajá... ¿De quién se trata?

—Agárrate, muchacho, porque va a ser toda una noticia.

—No me caeré de espaldas. Suéltelo...

—Charles Sinclair es un agente federal. Te siguió cuando en la oficina de la compañía aérea donde estuviste metiendo la nariz le hicieron la seña convenida de antemano. Siguen a todo desconocido que muestra excesivo interés por el sabotaje.

—Ya veo. Debí suponerlo...

—De las huellas aún no hay nada. ¿Puedes decirme en qué estás metido realmente? —Ya te dije que cada cosa a su tiempo...

Colgó, encendió un cigarrillo y lo apuró hasta el final antes de decidirse a abandonar una vez más su oficina.

Lo hizo cuando la pelirroja se preparaba para abandonar su trabajo. Luego se encaminó a la dirección de Edgar Holstein.

Capítulo VII

LA mujer dio un vistazo al billete de cinco dólares colocado sobre la mesa.

—¿A cambio de qué? —masculó.

Buchanan pensó que esa dama hubiera sido la modelo ideal para uno de esos dibujantes de temas de horror. Su cara de bruja era tan expresiva como un pedazo de pedernal.

—Holstein —dijo—, Edgar Holstein. Vive aquí.

—Pero no está en su apartamento. Salió hace varios días y no sé siquiera cuándo volverá.

Él pensó que tardaría mucho en volver. Nadie vuelve del infierno.

—No tengo interés en verle, sino en saber cosas de él.

—Por cinco dólares no puede esperar saber mucho.

—Puede haber alguno más si lo que usted cuenta lo vale.

—Yo no sé nada de Holstein. Sólo vive aquí. Sale cuando quiere y a veces pasan semanas sin que le vea.

—¿Tiene algún empleo?

—En todo caso, debe ser una profesión muy liberal —rió la vieja arpía.

Al reír, mostraba un par de huecos en su dentadura. Buchanan hizo una mueca.

—¿Tiene amigos? ¿Gente que venga a visitarlo?

—No.

—¿Mujeres?

—¿Usted no tiene ninguna amiga?

—No voy a pagarle un centavo por mis embrollos personales, pero sí por los de Holstein.

—Claro, claro... Hace algún tiempo traía a una u otra, de vez en cuando. Mientras no armen escándalo, a nadie le importa lo que uno haga en su casa.

—Eso era hace algún tiempo, según usted. ¿Es que cambió de costumbres?

—Cambió de amiga... —cacareó la vieja sarcástica.

—Bueno, esas cosas ocurren incluso en las mejores familias, ¿no le parece?

—¡Ya lo creo! Si lo sabré yo... Con ésta lleva ya dos meses.

—¿Con quién?

—Mi memoria ya no es lo que era en otros tiempos, caballero. Quizá si ambos hiciéramos un esfuerzo...

Buchanan maldijo entre dientes y soltó otro billete de cinco dólares, que desapareció de su vista antes de que oyera de nuevo la voz chillona de la mujer.

—Ella no suele venir mucho por aquí. Tiene clase, ¿sabe? Por lo menos, la clase que vuelve loco a Holstein. Vive en un apartamento propio, por Fairdale.

—¿Su nombre?

—Betty Rogers. He oído muchas veces cómo él la llamaba por teléfono.

Buchanan apenas la escuchaba.

Betty Rogers.

Y en la mente de Brake había surgido el nombre de una mujer llamada Betty.

—¿No sabe la dirección de esa dama?

—No, pero su número de teléfono está en la guía. Y apuesto que no es ninguna dama... ¡Oiga...!

Buchanan trotaba hacia la calle, donde empezaba a planear el crepúsculo. Miró el reloj, asegurándose de que le quedaba tiempo suficiente antes de acudir a su cita con la rubia secretaria de Brake.

Luego entró en un bar y consultó la guía telefónica. Cuando apartó el coche de la acera, hundió el acelerador y salió zumbando, haciendo polvo todos los reglamentos de circulación.

* * *

Llamó sin obtener respuesta.

Era un edificio sucio, con numerosas desconchaduras en las paredes, situado al final de una corta calle no lejos del distrito de Wats.

La escalera olía a infiernos, y los altavoces de los aparatos de televisión puestos a toda potencia atronaban el aire.

Golpeó otra vez la puerta, pero fue como si hubiera estado llamando a la puerta de un sepulcro.

Impaciente, probó el tirador, lo hizo girar y empujó.

La puerta se abrió con un largo chirrido.

El interior estaba oscuro y la atmósfera hubiera podido cortarse con un cuchillo, pestilente como un estercolero.

Buchanan contuvo el aliento unos instantes y entró, cerrando a sus espaldas.

Tanteó la pared hasta que sus dedos localizaron la llave de la luz. Le dio vuelta y una lámpara polvorienta se encendió en el techo.

Vio una especie de sala con un absoluto desbarajuste. De una pared hueca habían deslizado la cama plegable y una muchacha yacía sobre ella completamente inmóvil.

Estaba prácticamente desnuda y sus senos subían y bajaban al compás de una débil y entrecortada respiración.

Buchanan avanzó, apartando con el pie las ropas esparcidas por el suelo. Se detuvo junto a la cama y examinó con ojo crítico a la figura yacente.

Hizo una mueca al comprender. Le buscó el pulso y captó el desordenado latir de la sangre. Luego, levantándole un párpado, confirmó su primera impresión.

Se volvió de espaldas a ella, a ese deprimente espectáculo de una muchacha destruyéndose a sí misma rápidamente por medio de las drogas, y paseó la mirada alrededor.

Cuando inició un registro lo hizo calmosa y metódicamente. En un cajón de una desvencijada cómoda halló un paquete mediado de cigarrillos. Era exactamente igual al que Peter Brake encontró en el bolsillo. Y los cigarrillos, como aquéllos, eran también de marihuana.

En el armario colgaban ropas de mujer, algunas de buen corte y precio.

Junto a ellas había un traje masculino, gris, de lanilla y cortado por un sastre que debía saber lo que llevaba entre manos. Registró los bolsillos, casi adivinando lo que iba a encontrar.

Y lo encontró.

Había la documentación completa de Brake, llaves, una chequera de bolsillo, monedas y un paquete de cigarrillos normales.

Titubeó un instante antes de volver a cerrar el armario dejándolo todo en su lugar.

Tras esto abrió una puerta, que supuso comunicaba con el cuarto de baño.

Apenas empujó la puerta, una especie de torbellino salió de ella, y un cuchillo relampagueó, zumbando.

Tuvo el tiempo justo de saltar a un lado. No obstante, el cuchillo le desgarró un costado de la chaqueta.

El hombre que lo empuñaba dio un traspié. Estaba recobrando el equilibrio cuando Buchanan lanzó su puño como una roca. Sonó un impacto semejante a un disparo y el tipo salió volando hasta golpear la pared con un estrépito de mil diablos.

Buchanan, rechinando los dientes de ira, saltó sobre él cuando se revolvía en el suelo. Le aplastó la mano que empuñaba el cuchillo, retorciendo el pie al mismo tiempo. Oyó crujir de huesos y al instante el

tipo lanzó un alarido, tratando de librarse de la presión que estaba pulverizando la mano.

—¡Suélteme, hijo de perra! —rugió.

Buchanan apartó el pie. El aficionado al cuchillo se revolvió otra vez para levantarse, pero en mitad del movimiento el detective disparó un puntapié que le cazó en mitad de la cara y de nuevo el hombre se fue rodando. Golpeó contra la cama y casi quedó hundido bajo ella.

Irwin caminó calmadamente hacia él.

—¡Levántate! —gruñó.

Era un individuo alto, delgado, pero fuerte a juzgar por su apariencia. Tenía profundos círculos oscuros en torno a los ojos, cuyas pupilas parecían puntas de alfiler.

Se detuvo balanceándose sobre las largas piernas, mirando al detective con ansias asesinas.

De la boca le escurría la sangre y lo mismo puede decirse de su nariz, que se había convertido en una fuente roja.

Escupió rojo y se pasó el dorso de la mano por la cara.

—¡Hijo de perra! —repitió, colérico—. ¿Qué va a hacer ahora, encerrarnos sólo porque nos gusta divertirnos un poco?

Comprendió que le había tomado por un policía.

—Quizá haga algo peor. ¿Ella es Betty Rogers?

—Como si no lo supiera, puerco.

Buchanan volteó la mano. La bofetada lanzó la cabeza del drogadicto de un lado a otro, como si fuera a saltarle fuera de los hombros.

—No me gusta tu lenguaje, tipo listo. ¿Cuál es tu nombre?

—¡Vete al diablo!

De nuevo la mano volteó, sólo que esta vez el fulano se derrumbó dando tumbos.

—Puedo hacerte pedazos si te gusta este tratamiento —le dijo Buchanan—. Si no llego a andar listo me ensartas la barriga con tu pedazo de hierro. ¿Por qué?

—No pensé que fuera un sucio polizonte...

—¿Quién creías que era?

Una vez más se levantó. Su rostro estaba tumefacto y tenía un aspecto lastimoso. —No te importa. Puedes llevarme a donde quieras, pero si esperas sacarme una palabra de nada, vas listo.

—Es así como lo quieres, ¿eh?

El tipo escupió al suelo despectivamente.

Buchanan avanzó como un tigre listo para saltar.

—Te la ganaste —dijo tan sólo.

El vicioso comprendió que aquello iba a ponerse mucho más difícil. Además, no comprendía la actitud de Buchanan, que no correspondía a

la de un policía...

—¡Párate ahí! —chilló.

Alguien, desde el apartamento de al lado, golpeó la pared y una voz rugió:

—¡Ya basta de escándalo! ¿Habrás visto esos sucios granujas? ¡Ponte la inyección de una vez y cállate!

—Aquí los vecinos se conocen bien —comentó Buchanan sin detenerse—. ¿De veras creías que yo era un policía?

—¿No lo eres?

El sacudió la cabeza de un lado a otro.

—No, tipo listo. Y eso va a ser muy malo para ti.

Un ramalazo de pánico relampagueó en las diminutas pupilas del drogadicto.

—¿Entonces...? —balbuceó.

—Dime primero quién creías que era cuando me has atacado.

—Edgar...

—¿Holstein?

Cabeceó, asintiendo.

—¿Por qué querías matarle?

El fulano dirigió una mirada fugaz al cuerpo desnudo tendido en la cama.

—Por ella.

—¿Celos?

—¡Estúpido!

—¿Por qué, entonces?

—El..., él no quiere que Betty se drogue. Juró que me mataría si volvía a acercarme a la chica. Bueno, yo la conocí antes que él. Nos entendíamos bien, hace algún tiempo...

—Ya veo. Tú te diviertes con ella cuando está embrutecida por esa porquería que le facilitas. ¿Es eso?

—Cada uno se divierte como puede.

El cinismo del degenerado le revolvió el estómago.

—Debería arrancarte la cabeza. ¿Conoces al otro tipo? —preguntó, tanteando la suerte.

—¿Qué otro tipo?

—El que viene aquí... El que estuvo aquí últimamente.

—Usted está chiflado —exclamó, volviendo a tratarle con cierto respeto—. Holstein no hubiera permitido entrar a ningún otro hombre. Está loco por Betty. Ha perdido la cabeza por ella.

—Ahora has dicho una verdad literal.

—¿Qué quiere decir?

—Olvidalo. Ahí tienes la puerta, y ojalá revientes en cualquier

cloaca. No eres más que una sucia rata.

—¿De veras me deja marchar?

—Eso dije.

—¿Puedo recoger el cuchillo?

—¿Tú qué crees?

El fulano avanzó, inclinándose con un gemido para recuperarlo.

Buchanan levantó la pierna y el puntapié tiró al desgraciado de cabeza contra la pared. Por un instante pareció que iba a atravesarla, tan tremendo fue su impacto.

Se quedó en el suelo hecho un ovillo, gimoteando con voz débil.

El detective recogió el cuchillo, apretó el resorte y la lengua de acero desapareció dentro de la empuñadura con un seco chasquido.

Después, abrió la puerta, agarró al tipo por los cabellos y lo lanzó escaleras abajo, cerrando de golpe.

Sonó un estrépito espantoso cuando rodó por las escaleras. En todo el edificio empezaron a abrirse puertas y hubo un airado concierto de insultos, protestas y juramentos que acompañaron todo el descenso del drogadicto.

Buchanan consultó el reloj. No disponía de mucho tiempo.

Plantado junto al lecho, miró una vez más a la hermosa muchacha cuya pesada respiración no se había siquiera alterado con todo aquel alboroto.

Pensó que andaría alrededor de los veinticinco años. Su piel era aún tersa y fresca. Todo su cuerpo conservaba la vital pujanza de su juventud, pero no tardaría en quedar destruido si continuaba hundiéndose en aquel infierno...

Súbitamente, fue al armario y sacó uno de los vestidos. Luego, recogió las prendas esparcidas en torno a la cama y con manos que no eran demasiado seguras, procedió a vestirla lo mejor que pudo.

Antes de salir, recogió el traje de Brake, hizo un paquete con él y al fin cargó el desmadejado cuerpo de la muchacha sobre su hombro.

Dio un vistazo fuera. Todo el mundo había vuelto a sus apartamentos después de escupir su amargada frustración contra el desgraciado que había rodado escaleras abajo.

Descendió apresuradamente. Fuera, era casi de noche.

Esperó un instante en que apenas pasaba nadie y corrió hacia su auto, dentro del cual tiró el pobre cuerpo flácido cual una muñeca rota.

Se colocó ante el volante, cuidando de no perder el envoltorio de las ropas de Brake, y arrancó.

Condujo a creciente velocidad hacia el refugio de Peter Brake.

La casa de la playa estaba sobre un breve acantilado, en la carretera de San Diego. La había adquirido durante una temporada de espíritu

hogareño, del que se había curado en breve tiempo. Bien es cierto que en aquella época su sistema hormonal andaba un tanto alterado por culpa de cierta dama cuyas firmes convicciones estaban encaminadas a conducirlo a la vicaría.

Desde entonces siempre había pensado que el destino le dio la suficiente fortuna como para esquivar el peligro de acabar en un almibarado ambiente hogareño, con zapatillas, horario regular y whisky dosificado.

De todos modos, se había quedado con el refugio, que constaba de una estructura de sólida madera, un interior confortable y bien equipado, una pequeña playa con embarcadero propio en el que algún día atracaría la motora que deseaba poseer, y suficiente extensión de terreno para sentirse a salvo de vecinos entrometidos y demasiado próximos.

A ese lugar casi paradisíaco había llevado a Brake, con la esperanza de realizar un buen trabajo antes de que la policía andara pisándole los talones.

Cuando detuvo el «Mustang» bajo el cobertizo que servía de garaje, la noche había cerrado por completo y en el oscuro firmamento sin luna brillaban las primeras estrellas.

—¡Buchanan! ¿Qué...?

—Échele un vistazo.

La tendió sobre el diván. La muchacha estaba pálida como un sudario.

Brake estuvo a punto de caerse de espaldas.

—¡Dios! Es la mujer de mi pesadilla...

—Betty Rogers.

—¿Cómo pudo usted averiguarlo, Buchanan?

—Olvídese de eso ahora. Ella está empapada de drogas hasta las orejas, de modo que es imposible interrogarla. Voy a dejarla aquí y usted cuidará de que cuando recobre el conocimiento no pueda largarse.

—No comprendo nada, Buchanan...

—Ni falta que le hace, de momento. Quien debe comprender soy yo, que para eso me paga. Ocúpese de la chica. Tengo la impresión de que no es aún adicta a esa basura..., en cuyo caso quizá pudiera salvarse. Espere un momento...

Volvió al coche y trajo el envoltorio de ropas.

—Son tuyas, sin duda —dijo, echándolas en las manos de su protegido—. Hay sus documentos en los bolsillos, una cartera y todo lo demás. Por si quiere saberlo, ese traje estaba en casa de esa chica, de modo que es como si usted hubiese vivido una temporada allí... Vaya pensando en ello.

Mientras Brake registraba los bolsillos del traje, él consultó la guía de

teléfonos y disco el número de la rubia Carol Mark.

Cuando oyó su voz suave y sensual, dijo:

—Habla Buchanan, linda... Quizá me retrase un poco. De todos modos, ahora mismo salgo para allá.

—Está bien, una no puede esperar que un polizone sea un individuo como los demás.

—Espero demostrarte que estás en lo cierto.

Colgó, volviéndose.

Brake le miraba, perplejo.

—¿Este traje estaba en casa de esa mujer?

—Así es. Cuidadosamente colgado en el armario.

—Todo esto es un embrollo espantoso, Buchanan.

—No me dice nada que yo no sepa.

—¿Qué va a hacer ahora?

—De momento, cenar con una hermosa muchacha rabia. El placer no está reñido con los negocios. Cuide de esa chica, Brake, y recuerde mis otras instrucciones.

—No las he olvidado. Desde que estoy aquí no he podido ver un alma viviente, excepto las gaviotas.

—Mejor así.

Se dirigió a la puerta. Antes de que saliera, Brake le atrapó por el brazo, deteniéndole con una expresión ansiosa en el rostro.

—Buchanan... ¿Ha descubierto algo respecto al hombre... este... muerto?

—Sólo quién era.

—¿Y...?

—Un pistolero a sueldo o algo así. Uno de los más conocidos de la ciudad.

—¿Y qué endemoniada relación pudo haber tenido conmigo?

—Eso no lo sé aún. Como tampoco sé todavía si lo mató usted o no.

—¡Pero usted dijo que no podía haberlo matado! Me golpearon... y en aquel cuarto no había ningún objeto con el cual hacerlo... O sea, que él no me golpeó para defenderse ni nada semejante.

—Todo son suposiciones, más o menos fundadas, pero nada más. No asome la nariz fuera de aquí y quizá pueda librarle de este condenado lío. ¿Entendido?

—Completamente, Buchanan. No quiero ni pensar qué hubiera sucedido de no haber sido por usted.

Salió y cerró la puerta. Instantes después volaba sobre el asfalto camino de su cita.

Capítulo VIII

CAROL le observó especulativamente por encima de su taza de café.

Sonrió, acunada por la música suave de la orquesta.

—¿Ha llegado el momento, señor detective?

—¿El momento de qué?

—De someterme al tercer grado. Durante toda la cena no me has hecho una sola pregunta.

—Durante la cena éramos tan sólo un hombre y una mujer iniciando una agradable velada.

—¿Seguirá siendo agradable en lo sucesivo?

—Espero que sí, aunque debamos hablar un poco de tu ex jefe.

—Adelante.

—Dijiste que iba a emprender ese viaje a Honolulu...

—¿Iba? Desgraciadamente, lo emprendió, desapareciendo con el avión.

—Claro. También dijiste que era un viaje de negocios. ¿Qué negocio se proponía resolver?

—Desconozco los detalles, desde luego, pero se trataba de ciertas inversiones de una mujer que vive en Honolulu. Es una vieja denta de la compañía llamada Sara Bowman.

—¿La conoces personalmente?

—La vi una vez, cuando estuvo en la oficina para tratar personalmente con el señor Brake.

—¿Es una anciana?

—Pues, sí, aunque fuerte y vivaracha.

—¿Tiene mucho dinero invertido?

—¿Te das cuenta de que estás pidiéndome informaciones confidenciales de la compañía para la que trabajo?

—Lo sé, pero lo que me digas no saldrá de mí. Es sólo que necesito comprender ese negocio que llevó a Brake a tomar el avión.

—Bueno, la señora Bowman tiene casi un millón invertido a través de nuestra compañía. Últimamente, tengo entendido que pidió información para nuevas inversiones.

—¿Y Brake fue a llevarle esa información? —se asombró Irwin.

—Por supuesto que no. La información se la remitió por correo hace

algún tiempo. Pero ocurrió que la hizo escribirle al señor Brake con indicación de «privado y personal» en el sobre. Desde que recibió esa carta, él ya sólo se ocupó de preparar su viaje.

—¿Sería posible conseguir esa carta?

—Debe estar en el archivo del departamento, pero no seré yo quien la saque de allí. Toda la correspondencia queda registrada y para obtenerla del archivo hay que firmar un recibo... No, amiguito, no deseo perder mi empleo.

—Ni yo pediría que lo hicieras. Pero quizá una copia, ¿eh?

Ella le miró con el ceño fruncido.

Y de pronto dijo:

—Estás obligándome a decir lo que desees, y aún no sé por qué lo haces, por qué razón estás investigando todo esto.

—No puedo decírtelo de momento, aparte de que si te dijera lo que realmente ocurre, no me creerías. Volviendo a esa señora Bowman, ¿sólo Brake manejaba sus asuntos con la compañía?

—Exacto. Mejor dicho, la señora Bowman era diente suya. Fue él quien la ganó para la compañía, y cada ejecutivo maneja una relación limitada de clientes.

—Entiendo. ¿Crees que podrás obtener una copia de esa carta?

Ella titubeó. Los ojos tranquilos de Buchanan acariciaron su cara, deteniéndose al fin en sus ojos.

La orquesta inició las primeras piezas de baile. Desde la terraza vieron a las parejas que se dirigían a la pista.

—¿Quieres bailar, linda? —preguntó el detective.

—Todavía no. ¿O ya terminaste tu inquisición?

—Quedan unos pocos datos, pero pueden esperar si prefieres que bailemos. —Acabemos con el negocio, Irwin.

—Bien. ¿Le pasaste tú las llamadas telefónicas a Brake?

—Naturalmente. Era su secretaria.

—¿Recuerdas si alguna vez le llamó alguien cuyo nombre era Edgar Holstein?

Ella hizo un esfuerzo por recordar.

—No —murmuró—. Nunca oí ese nombre.

—¿Y el de Betty Rogers, o señorita Rogers?

—Tampoco, estoy segura.

El miró el reloj. Hizo un gesto de excusa.

—Discúlpame, he de efectuar una llamada. Es sólo un minuto.

Buscó la cabina telefónica y llamó a la oficina del capitán Sheridan.

La voz del policía sonaba bronca a través del auricular.

—¿Irwin?

—Sí.

—¡Maldito sea tu retorcido cerebro! —bramó el policía—. ¡Ven inmediatamente a mi oficina!

—¿Qué demonios te ocurre?

—¡Quiero verte esta misma noche!

—Más despacio. Estoy cenando con una hermosa muchacha rubia y no pienso estropear el asunto por muchos gritos que sueltes. ¿Qué es lo que pasa?

—¡Edgar Holstein!

Buchanan sonrió al auricular.

—No comprendo.

—¡Fue encontrado hoy, con la cabeza en un sitio y el cuerpo en otro!

—¿Quieres decir exactamente que estaba decapitado?

—¡Eso es lo que quiero decir!

—No debió resultar un espectáculo agradable.

—¿Es eso todo lo que se te ocurre?

—¿Es que tú crees que puedo decir nada más? Esta es la primera noticia que tengo de esa salvajada.

—¿Crees que nací ayer? ¡Maldita sea! Estuviste preguntando en el fichero por Holstein hoy mismo. ¿Por qué, otra de tus condenadas corazonadas?

—¿Cómo lo supiste?

—El sargento Raymond creyó que debía decírmelo cuando supo lo del cuerpo de Holstein decapitado.

—Ese bocazas... Y eso que le regalé el mayor cigarro puro que haya recibido en su vida.

—¡Déjate de bromas! ¿Vas a venir?

—Cuando acabe mi velada.

—¡Irwin, maldita sea!

—Tómalo con calma. ¿Recibiste el informe de las huellas de aquella maquinilla de afeitar?

—¡Esta es otra, condenado me vea! Pertenecen a un tipejo llamado James Foley, un matón recién salido de presidio.

—¿Qué te parece? De modo que acerté.

—Lo que quiero saber es cómo supiste que no se trataba de Brake.

—Mi corazonada, Sheridan. Sería muy interesante que trataras por tu cuenta de seguir los pasos de ese fulano desde que abandonó la prisión. Te repito que estás al borde de obtener la mayor publicidad de toda tu carrera.

—¡Al infierno la publicidad! Quiero una explicación del asunto de Holstein, antes de informar a los de Homicidios de cuanto sé al respecto.

—Que es muy poco. Te veré después de mi romántica velada, Sheridan.

—¡Con un demonio! Escúchame, maldito embrollón...

Buchanan colgó suavemente, ahogando las furiosas vibraciones del auricular.

Regresó al lado de Carol y le ofreció un cigarrillo. Ambos encendieron y después él murmuró:

—Queda una última pregunta y luego la noche será nuestra.

—Muy bien, estoy dispuesta —sonrió la muchacha.

—James Foley. ¿Llamó alguna vez a Brake por teléfono?

De nuevo ella intentó recordar.

—Tampoco recuerdo ese nombre, Irwin. De todos modos, para estar completamente segura, debería mirar los registros de llamadas, aunque creo que recordaría alguno de esos nombres si los hubiese oído alguna vez.

—¿Quieres decir que todas las llamadas quedan anotadas?

—Casi todas, especialmente si se trata de llamadas exteriores.

—Entonces, compruébalo mañana por la mañana. Y ahora, al infierno todo este condenado asunto. Vamos a bailar. ¿De acuerdo?

Ella tendió la mirada sobre el mar que se extendía más allá de la balaustrada.

—¿No es hermoso? —susurró—. Una noche maravillosa...

—Puede mejorarse.

—¿Qué quieres decir?

—Ven y te lo demostraré.

Se levantó y ella le imitó. Le tomó la mano suavemente llevándola hacia donde las demás parejas danzaban bajo el influjo de las suaves melodías de una orquesta excelente.

Cuando la rodeó con sus brazos notó el calor y el palpitar suave del cuerpo de Carol. Sonrió.

—¿Sabes? —murmuró mientras bailaban—. Me gustaría que creyeras que no soy un galanteador profesional. Sin embargo, quiero decirte que hace muchos años que no gozaba de una sensación tan agradable con una chica.

—¿No acostumbras salir a divertirte?

—De vez en cuando. Pero esto es distinto.

—¿Por qué?

—Por tu causa.

—¿Vas a decirme que no soy como las demás para ti y todas esas frases cursis de costumbre?

—Por favor, no te burles. Podría decírtelo y sería sincero, aunque también un poco ridículo. Sin embargo, a mi edad un hombre no acostumbra a hacer el tonto con una mujer. Si sale con ella sabe desde el principio lo que quiere obtener.

—Y tú, ¿no lo sabes?

—Contigo, no.

—Has dicho «a tu edad». ¿Has llegado a los cincuenta?

La ironía de esa pregunta le obligó a sonreír.

—Hago todo lo que puedo para que parezca que tengo menos de cincuenta, ¿sabes? Pero he rebasado ya los treinta y siete.

—¿Y...?

—Tú me desconciertas. Me desconciertas en relación a lo que me obligas a sentir. Quiero besarte y no me atrevo. Quiero proponerte acabar la velada en mi apartamento y sé que no lo haré. Y sin embargo, tenerte en brazos hace que me sienta nuevamente en la adolescencia. Sería capaz de soñar otra vez.

—Yo nunca he dejado de soñar...

—Tú estás casi en la adolescencia. Es lógico.

—Tengo veinticinco años.

—¿Te das cuenta que casi estamos rellenando una ficha?

La música terminó y regresaron a la mesa. De nuevo Carol tendió la mirada hacia el mar y susurró:

—En una noche así tenemos derecho a soñar... tú y yo.

Sus manos desaparecieron dentro de las manazas del detective.

—Mírame, Carol.

Poco a poco, ella ladeó la cara hacia él. Sus ojos chispearon.

—Estás volviendo atrás en el tiempo, Irwin...

—Tal vez. Por eso voy a intentarlo.

—¿Intentar qué?

Inclinó la cabeza, tirando de ella al mismo tiempo, suavemente, dejándole opción de retroceder si lo deseaba.

Sólo que no lo hizo. Sus labios se encontraron, primero con suavidad, apenas un roce. Después, apretados, anhelantes, con el ansia de darse profundamente en el beso.

—Ya lo hiciste —musitó la muchacha después—. Y no cabe duda de que tienes una prolongada experiencia...

—Te juro que olvidé todas las experiencias anteriores.

—Yo no, aunque ahora me parezca que sólo fueron pobres escarceos. ¿Quieres seguir enseñándome, detective?

—Será un placer, y jamás en mi vida dije una verdad tan grande.

La estrechó entre sus brazos. Sus labios chocaron casi con violencia y cualquier observador imparcial habría pensado que las lecciones se prolongaban tanto como si el tiempo hubiera dejado de tener significado para ninguno de los dos.

Capítulo IX

CAROL ametrallaba la máquina de escribir cuando Buchanan entró en la oficina a la mañana siguiente.

La muchacha le miró y sus ojos sonrieron junto con los labios rojos y todo su hermoso rostro.

El detective se inclinó sobre la mesa y la besó fugazmente.

—Hola, linda —dijo, después—. Tengo una vaga idea de que anoche dijimos muchas tonterías tú y yo.

—¿Dijimos? —se asombró Carol—. Yo pensaba que habíamos «hecho» esas tonterías de que hablas.

—Eso no fueron tonterías.

—Pórtate bien mientras estés aquí. Estás poniendo mi empleo en peligro, detective.

Él se enderezó.

—Conforme. ¿Miraste los registros de llamadas?

—Todos los que tengo aún en mi mesa, y comprenden las de un mes por lo menos. No hay ninguno de esos tres nombres.

—¿Ni siquiera el de ese Foley?

—No. ¿Por qué te interesa ése particularmente? ¿Quién es?

—Un matón a sueldo, y quizá un asesino.

Ella palideció.

—Si quieres, buscaré en los más atrasados, aunque habré de pedirlos en el archivo... —Si no te ha de comprometer, lo agradeceré. ¿Y en cuanto a la carta?

Ella sonrió. Abrió un cajón y extrajo una hoja de papel doblada.

—Aquí está. Es una copia, pero incluso así, si se supiera podría costarme el empleo. —Te pagaría daños y perjuicios.

—Tendrías que hacer algo más, amiguito... Mantenerme...

Él se estremeció.

—Me da en la nariz que eso es lo que andas buscando. Y temo que sea lo que yo deseo.

—No leas la carta aquí. Guárdala hasta que hayas salido.

—¿Te veré esta noche?

—No tengo ningún compromiso, si es eso lo que quieres saber.

—¿A las ocho?

Ella asintió. Miró fugazmente a su alrededor, asegurándose de que no podrían sorprenderles, y susurró:

—Bésame y márchate. Tengo que trabajar.

—Yo también...

La besó, mucho más brevemente de lo que habría deseado. Ella susurró:

—¿Qué vas a hacer ahora? Porque no creo que esta carta te sirva de mucho.

—He de averiguar a qué fiesta asistió Brake antes de... tomar el avión.

—¿Te refieres a la fiesta que dio Parker Shaw?

Él se quedó rígido.

—¿Tú sabías que había asistido a una fiesta?

—No sé si asistió, pero él estaba invitado a ella, la noche anterior a su partida. Canceló algunas de sus citas de la tarde para ultimar sus cosas y tener tiempo de asistir.

—¿Quién es Parker Shaw?

—Deberías ocuparte más de temas de sociedad, querido... Es el secretario privado del millonario Hulston.

—¡Que me aspen! Hulston..., la vaca sagrada de las finanzas. ¿Conoces también los nombres de los otros asistentes?

—No, claro... Aunque el señor Brake mencionó que John Terence asistiría con él... Terence posee intereses petrolíferos. Es un hombre importante.

—Claro, claro...

De pronto, una puerta se abrió y un individuo apareció en ella. Llevaba un manojo de documentos en las manos y se detuvo un momento al ver que la muchacha no estaba sola.

Dijo con voz amable:

—Cuando esté libre, señorita Mark, reúname conmigo en el despacho del señor Morrison. Deberá tomar al dictado algunos resúmenes.

—Ahora mismo, señor Webel.

E inclinó la cabeza y se alejó, desapareciendo por otra puerta que se cerró silenciosamente.

—Mi nuevo jefe —susurró Carol—. Adiós, querido.

Buchanan se fue, notando aún en sus labios el sabor del breve beso.

Una vez en el coche, sacó la copia de la carta y la leyó.

Frunció el ceño y la estudió unos instantes. Sus conocimientos financieros no eran precisamente muy extensos, pero incluso así no pudo descubrir en el escrito nada comprometedor, nada que justificase el hecho de que Brake hubiera estado dispuesto a emprender un largo viaje —sólo por lo que ese papel especificaba.

Contrariado, condujo hasta un bar donde solía desayunar frecuentemente.

La espectacular camarera, al otro lado del mostrador, le dedicó su mejor sonrisa cuando el detective se encaramó sobre un alto taburete.

—Me habías olvidado, búho —runroneó—. ¿Cuánto tiempo ha pasado desde la última vez que estuviste aquí?

—Un siglo, corazón.

—He pensado mucho en ti..., de veras. ¿Qué vas a tomar?

—Estoy hambriento. Un par de huevos, jamón, tostadas y café creo que volverán a ponerme en órbita.

Ella volvió a sonreír y se fue.

Buchanan la siguió con la mirada. Era un espectáculo que nunca se perdía, porque verla moverse era un compendio de cómo no debe andar una mujer más o menos discreta. Aquella muchacha sabía la manera de volver bizcos a los clientes y se aprovechaba de ello en beneficio del negocio.

Mientras esperaba, el detective consultó la guía de teléfonos hasta encontrar el nombre de John Terence. Discó su número y esperó.

Una voz de mujer respondió y él dijo:

—Deseo hablar con el señor Terence, por favor.

—Mi esposo salió ya para su oficina.

—¿Sería tan amable de facilitarme su teléfono?

—Cómo no...

Tomó nota, dio las gracias y colgó.

Al volver al mostrador el desayuno estaba esperándole. Detrás del desayuno, apoyada con los codos sobre la mesa, la camarera murmuró:

—¿Qué fue lo que cambió, Irwin?

El buceó en las profundidades del escote que aquella postura ampliaba hasta límites de vértigo y sonrió.

—No creo que nada haya cambiado. Simplemente, tengo mucho trabajo... Apenas me dejan tiempo ni para descansar.

—Para hacer el trabajo que haces mientes muy mal.

Él se encogió de hombros, atacando el desayuno con entusiasmo.

Otros clientes reclamaron a la muchacha, de modo que él pudo acabar de comer en paz. Tras saborear el café regresó al teléfono y marcó el número del despacho de Terence.

Hubo de vencer las barreras constituidas por tres secretarias antes de llegar al magnate. Este poseía una voz retumbante, seca y dominadora.

—No comprendo qué puede usted... —empezó a decir cuando Buchanan le hubo manifestado su deseo de visitarlo.

—Se trata de algo importante, señor Terence.

—¿Importante para quién?

—Para mí, pero está relacionado con su amigo Brake.

—¿Peter Brake?

—Exactamente.

Hubo un breve silencio.

—Tengo entendido que murió en un accidente de aviación, y si es así, tampoco comprendo qué tiene usted que tratar conmigo en relación con Peter.

—Se lo diré si puedo tener una entrevista con usted.

Nuevo silencio. Luego, la voz desagradable gruñó:

—Muy bien, podrá concederle cinco minutos.

—Serán suficientes.

Colgó, regresó al mostrador y abonó su cuenta. Esta vez ni el abismo que se abría en el escote de la camarera logró retenerle. Uno no tiene cita con un millonario todos los días.

Capítulo X

LAS paredes del inmenso despacho estaban cubiertas de madera oscura, una espesa alfombra cubría todo el suelo, y la mesa de trabajo parecía la cubierta de un acorazado.

Además, había un inmenso diván que ocupaba todo un ángulo de la pieza, butacas esparcidas como a boleó y un bar construido con la misma clase de madera que las paredes.

El millonario había rebasado los cincuenta años, era alto, empezaba a perder su esbeltez y eso parecía disgustarle. Sus ojos de ave de presa tenía tonalidades aceradas mientras miraban avanzar al detective desde la puerta a la mesa.

—¿Y bien, señor Buchanan? —gruñó.

—No le haré perder el tiempo. ¿Recuerda una fiesta dada en casa del señor Shaw hace doce días?

—Perfectamente.

—¿Asistió Peter Brake a ella?

—Sí.

—¿Qué sucedió allí?

—¿Qué sucedió con Brake, quiere decir?

—Ciertamente.

—Que bebió como un cosaco. Le dio por ahí esa noche. Todos bebimos mucho, pero él ganó el premio.

—¿Y cómo salió de la fiesta? Porque imagino que no estaría en condiciones de conducir.

—Eso no lo sé. Imagino que alguno de los sirvientes pediría un taxi por teléfono. Y ahora, deje que sea yo quien haga las preguntas, si no le importa. ¿Por qué ese interés por el pobre Brake?

—Trato de establecer los pasos que dio aquella noche, eso es todo.

—Eso no es nada. ¿Por qué?

—Le diré algo, señor Terence... Algo sucedió la noche de la fiesta... Sea lo que sea, fue una circunstancia que interfirió en los propósitos inmediatos de Peter Brake.

—Quisiera que concretara usted un poco más. Detesto las vaguedades, Buchanan.

—Lo siento, pero de momento esto es todo lo que puedo decirle.

¿Recuerda quiénes más asistieron a la fiesta? Eso me ayudaría enormemente...

—No veo por qué razón he de ayudarle sin saber qué es exactamente lo que usted anda buscando.

—Tal vez para ayudar al propio Brake.

Las espesas cejas del millonario saltaron hacia arriba, estupefacto.

—Usted debe andar mal de la cabeza —refunfuñó—. Peter está muerto, de modo que no veo cómo podría usted ayudarle.

—Quizá se lleve usted una sorpresa a este respecto, señor Terence. Gracias por todo.

Se encaminó a la puerta. Antes de llegar a ella, el millonario exclamó:

—¡Aguarde un minuto, Buchanan...!

—¿Sí?

—Vuelva aquí.

—No hay nada más que yo pueda decirle sobre este asunto.

Abrió la puerta y salió, dejando a un millonario iracundo y desconcertado. O quizá preocupado.

Poco a poco, descolgó el auricular y pidió a su secretaria principal que le pusiera en comunicación con Parker Shaw.

Esperó, tambaleándose nerviosamente con los dedos sobre la mesa.

—¿Parker...? —exclamó al fin—. Habla Terence... Acaba de estar aquí un detective privado interesándose por los pasos de Brake la noche de la fiesta. Tú estuviste allí. Me gustaría saber qué persigue ese individuo concretamente... ¿Cómo? Bueno, tuve la impresión de que sólo conocía mi nombre, de cuantos asistimos...

Escuchó unos instantes y luego añadió:

—Bueno, pensé que si se entrevistaba contigo quizá tú pudieras averiguar qué es lo que anda buscando. Todo lo que yo sé... ¿Qué? Bien, llámame en todo caso., Colgó y echándose atrás en el sillón basculante encendió un cigarrillo. Estaba desconcertado y eso era algo que no le sucedía en mucho tiempo.

* * *

Llamó por teléfono a su despacho y cuando oyó la suave voz de su secretaria, preguntó:

—¿Ingresó el cheque esta mañana, linda?

—Fue lo primero que hice al llegar. ¿Va usted a venir un día de éstos, señor Buchanan?

—Quizá. ¿Hay algo ahí que —requiera mi atención inmediata?

—Aquí exactamente no. Pero sí en la jefatura de policía.

—¿De veras?

—Ignoro en qué anda metido, pero el capitán Sheridan está desgañitándose intentando saber dónde puede localizarle.

—Sheridan puede esperar. ¿Es eso todo?

—De momento, sí.

—Muy bien. Siga cuidando el negocio, pelirroja, y un día de éstos le aumentaré el sueldo.

Colgó, para volver a discar otro número. Esta vez, el de la policía.

Realmente, la voz del capitán Sheridan semejó el rugido de un huracán cuando supo quién le llamaba.

—¡Tienes treinta minutos para presentarte aquí! —estalló, con tanta violencia que el auricular vibró como una cosa viva—. ¡Treinta minutos, Irwin! Después, cursaré una orden de captura contra ti.

—¿Tan mal está la cosa? —rió el detective.

—¡Peor!

—¿Por qué, qué ha cambiado?

—¡Holstein!

—Oh, eso...

—Se encontraron huellas dactilares en todas partes, incluso en el cuchillo que sirvió para la carnicería.

—No serían las mías.

—¡Maldito seas! Eran las de Peter Brake, y tú has andado restregándome el nombre de ese tipo por las narices con mucho interés. De modo que date prisa o te encerraré hasta que te salgan canas.

—Ya me salieron hace tiempo, ¿lo has olvidado?

—¡Irwin, maldita sea! ¿Vas a colaborar o no?

—Desde luego que sí, pero a mi modo.

—¿Qué infiernos quieres decir con eso?

—Que tengo un cliente y debo defender mis ingresos, aunque sólo sea para pagar los impuestos. Te veré en cualquier momento.

—¡Nada de eso! Dentro de media hora, ni un minuto más.

—Sí, ya sé...

Colgó. Le hubiera gustado preguntar al policía cómo había relacionado las huellas encontradas con Peter Brake, porque no era probable que le tuviera fichado.

Pero hacer más preguntas hubiese acabado de enfurecer a Sheridan, y ese dato podría averiguarlo en cualquier momento.

Condujo el coche hacia el sur, buscando la salida a la carretera de la costa con la mente trabajando a toda presión.

Había averiguado mucho y nada. Hasta el momento, Brake llevaba ventaja en cuanto a cargar con el asesinato de Holstein, y probablemente si no encontraba nada mejor, los federales intentarían

estrujarle también bajo la acusación de ser el autor del sabotaje al avión. El hecho de que en su lugar, y utilizando su nombre, hubiera viajado otro individuo le convertía en el principal candidato para los muchachos de Washington.

De pronto, se sorprendió preguntándose si no sería realmente Brake el culpable de ambos hechos. Si era así, y todo le acusaba, iba a verse metido en el peor lío de su vida, porque hasta ese momento lo único que había estado haciendo en concreto era mantenerlo oculto, ayudándole a eludir a la policía, convirtiéndose en su cómplice, ni más ni menos.

Masculló un juramento, disgustado.

El sol estallaba sobre el mar con reflejos dorados. Un día magnífico para tumbarse en la playa y no pensar en nada... Un día para pasarlo con Carol, por ejemplo.

Hizo una mueca y dejó de pensar en ella.

Estacionó el coche bajo el cobertizo al llegar. Descubrió el leve movimiento en la ventana y frunció el ceño. El asunto estaba durando demasiado.

Entró y encontró a Brake atareado mezclando unas bebidas.

Betty Rogers estaba sentada en el diván, y se puso rígida cuando le vio.

—¿Lo pasan bien? —gruñó, encendiendo un cigarrillo.

—¿Usted es quien me trajo aquí? —le espetó la muchacha.

—¿No se lo ha dicho Brake?

—Sí...

—¿Se encuentra bien, muchacha? Necesito hacerle un montón de preguntas.

Ella desvió la mirada hacia Brake, que en ese momento se le acercaba ofreciéndole una de las copas.

—Sí —murmuró—. Pero él tampoco sabe mucho de esto.

—En sus condiciones, es un milagro que sepa algo, pero usted es muy distinto. Brake, ¿le ha contado lo de Holstein?

—Sí.

—Bien, ya lo encontraron. Y han identificado las huellas como tuyas.

—¿Están buscándome?

—Sí.

Peter Brake se estremeció violentamente. Desamparado, murmuró:

—Si usted no me ayuda, Buchanan, estoy perdido, porque ni yo mismo sé si lo maté o no.

—De eso, yo tampoco estoy seguro. Pero empecemos por nuestra amiguita. Veamos qué puede contarnos de este embrollo.

—Me ha dicho todo lo que sabe, Buchanan —se anticipó Brake, vaciando la copa—. Ella dice que alguien pagó por asesinarle.

—¿A ella?

La muchacha sacudió la cabeza.

—A Holstein —dijo—. Le dijeron que matara a Brake y le hiciera desaparecer, y para eso le pagaron cinco mil dólares.

—¿Quién?

—No quiso decirme el nombre... Dijo que cuanto menos supiera del asunto, mejor para mí.

—¿Cuándo fue eso?

—Hace diez o doce días.

—Entonces, ¿por qué no lo hizo, por qué no lo mató entonces?

Ella hizo un movimiento desalentado con las manos.

—Holstein tenía una mente retorcida como un sacacorchos... El ideó el plan. Conservar vivo a Brake, aunque prisionero, y sacarle más dinero al hombre que le había contratado, con la amenaza de contarle todo el propio Brake y dejarle libre... —Ya veo...

Peter Brake exclamó:

—¡Maldita sea, si pudiera saber quién es... si pudiera tenerlo en mis manos sólo cinco minutos...!

El detective le hizo callar con, un gesto brusco.

—¿Qué papel jugó usted en esta historia, Betty?

—Yo debía ocuparme sólo de vigilar a Brake. Lo traje a casa inconsciente, después de recogerlo completamente borracho. Le golpeó con una «matraca» detrás de la cabeza para asegurarse, no obstante.

—Siga.

—Cuando Brake recobró el conocimiento no recordaba nada, ni siquiera quién era..., y yo le cuidé. Entonces odié a Holstein...

—Ella se portó bien conmigo. Buchanan —dijo Brake con voz rara.

Irwin enarcó las cejas y paseó la mirada de uno al otro.

—No vayan a ponerse tiernos ahora. Hay un trabajo endiablado por hacer.

Escúcheme, Betty, ¿no tiene ni una ligera idea de la identidad del tipo que pagó para asesinar a Brake, ni de la manera cómo se puso en contacto con Holstein, ni si tenía algún número de teléfono donde llamar...?

—No, lo siento... No creo que tuviera nada anotado.

Buchanan fue hacia el bar y se sirvió una dosis de whisky.

Volviéndose con el vaso en la mano, espetó:

—¿Era Holstein quien le proporcionaba las drogas, Betty?

Ella se sobresaltó.

—No... Él no quería que yo..., que yo tomara nada.

Eso coincidía con lo revelado por el rufián a quien golpeó, lo que indicaba que ella estaba siendo sincera.

—Está bien, va a tener que quedarse aquí un poco más, Betty. Espero que Brake sea una buena compañía.

—Lo es..., pero, ¿por qué hace esto por mí? Comprendo que ayude a Peter..., él es su cliente. Pero mi caso es distinto. Yo no voy a poder pagarle nada...

—Piense un poco, muchacha. Yo llegué hasta usted siguiendo el rastro de Holstein. Y el tipo que le mató no está dispuesto a correr riesgos. Usted es un riesgo para él, puesto que «sabe». Aquí estará segura por lo menos, y yo voy a necesitar su testimonio tarde o temprano.

—¿Quiere decir que también quieren asesinar a mí?

—Probablemente.

Encendió otro cigarrillo y desentendiéndose de la muchacha se encaró con Brake.

—Usted asistió a una fiesta en casa de Parker Shaw, amiguito. Veamos qué recuerda de eso.

—¿Shaw, Parker Shaw?

—En la casa de éste. Un tal John Terence asistió también, y algunos otros, aunque ignoro quiénes fueron.

—Terence. ¡John!

—¿Le recuerda?

—Ese nombre me es familiar.

—¿Recuerda quién es Parker Shaw?

—No.

—El secretario privado del millonario Hulston. ¿Qué tenía usted que ver con él?

—No lo sé... ¡No lo sé, maldita sea! Voy a volverme loco, Buchanan. ¿Quién es Hulston?

—Se considera uno de los hombres más ricos de este país. Controla enormes intereses petrolíferos en todo el mundo, es propietario de varias compañías aéreas y de navegación... ¿No acude nada a su memoria?

Desalentado, Brake sacudió la cabeza con desesperación.

—Bien, veamos otra cosa... Estuve hablando con su secretaria. ¿Recuerda por lo menos cómo se llama ella?

—Tampoco... Le repito que mi mente está completamente en blanco. Betty intervino vivamente:

—¿No cree que debería verle un médico?

—Ningún médico puede curarle la amnesia. Si ha de recobrar la memoria será por sus propios medios. Oiga, muchacha; se me ocurre que se interesa usted mucho por él, teniendo en cuenta que jugó un papel comprometido en su secuestro.

—Yo sólo lo cuidé. No supe lo que Holstein tramaba hasta que lo traje a casa.

—Dejémoslo, es algo que ahora carece de importancia.

Sacó la copia de la carta que Carol le había facilitado y la entregó a Brake.

—Lea esto... Esta carta fue la razón de que usted preparase urgentemente ese viaje que debió haber emprendido, pero que no hizo, afortunadamente para usted.

Brake leyó el texto y luego levantó la mirada, perplejo:

—Señora Bowman —musitó—. Honolulu... ¡Dios, Buchanan, yo recuerdo a esa mujer, y el viaje! Yo debía haber ido a Honolulu...

Buchanan contuvo el aliento.

—¡Adelante, Brake, siga, inténtelo!

—Recuerdo eso... que iba a Honolulu para entrevistarme con la señora Bowman... La conocía hacía años.

—Esa carta...

—La carta...

Volvió a leerla, como asombrado.

Irwin dijo:

—En ella esa señora Bowman le recuerda que después de su última inversión de cien mil dólares aún no había recibido los comprobantes ni las acciones. Emplea un lenguaje familiar al tratar con usted, lo que demuestra que estaba acostumbrada a esta relación... ¿No recuerda nada más?

—No, lo siento..., pero lo conseguiré... ¡Lo conseguiré aunque tenga que golpearme de cabeza contra las paredes!

—Tómelo con calma. Aún no he terminado con las sorpresas. Usted perdió el avión de Honolulu, Brake, pero alguien lo tomó en su nombre. Utilizó su propio pasaje para subir a bordo.

Boquiabierto, el amnésico se quedó mirándole como si no pudiera dar crédito a sus palabras.

—¿Está seguro, Buchanan? —balbució.

—Sin duda. Incluso pagó un suplemento por exceso de equipaje... y lo hizo también a su nombre.

—Entonces, ese impostor debe haberse entrevistado con la señora Bowman...

—No.

—Pero si él fue con mi nombre...

—Alguien colocó una bomba en el avión, Brake.

De nuevo el aludido se tambaleó, incrédulo.

—¡No habla en serio! ¿Quiere decir que hicieron estallar el avión?

—Eso fue lo que sucedió exactamente. Sus restos se hundieron en el mar y sólo se salvó una azafata, que se encuentra en el hospital, muy grave.

—De modo..., de modo que si yo lo hubiese tomado, ahora estaría muerto...

—Ciertamente.

Tuvo que sentarse en el diván, al lado de la asombrada muchacha, porque sus piernas apenas podían sostenerle.

De pronto levantó la cabeza y sus ojos asustados se clavaron en el impassible rostro de Irwin.

—¡Un momento! —exclamó—. Por el modo como lo dice todo..., es como si sospechase que yo había colocado esa bomba.

—¿Qué le dio semejante idea?

—No lo sé.

—¿Lo hizo acaso?

—¡Condenación! ¿De qué lado está usted, Buchanan? Claro que no lo hice. ¿Olvida que después de la fiesta Holstein me echó el guante?

—No lo olvido. Y más bien creo que esa bomba fue colocada en el avión para terminar con usted. Pero eso nos crea —otro dilema, puesto que delataría a otro individuo dispuesto a matarle. Mucha gente con la misma determinación implacable contra usted.

—¿Quiere decir...?

Su voz se extinguió.

El detective dijo:

—Piénselo un poco. Un hombre paga a Holstein para que le mate y le haga desaparecer. Ese tipo ya está tranquilo, se ha librado de usted. Pero hay otro..., otro que sabe que usted va a tomar ese avión sin falta, y coloca un explosivo a bordo, sin importarle asesinar a más de un centenar de personas si con ello se libra de usted. Parece como si todo el mundo estuviera ansioso por quitarle de en medio.

—Es horrible. Y es más horrible aún no poder pensar en nadie..., no saber quién es... —«Quiénes son», Brake. Hable en plural.

—¡Tiene que descubrirles, Buchanan, malditos sean!

—Primero he de sacarle a usted de esto. Supongo que el nombre de James Foley tampoco le recordará nada...

—No. ¿Quién es?

—«Era» el tipo que se hizo pasar por usted al tomar el avión. El tipo que murió en su lugar, un matón recién salido de presidio.

—Lo que dije antes..., para volverse loco.

Buchanan aplastó el cigarrillo en un cenicero. Con aspecto sombrío, gruñó:

—Quédense aquí, los dos. Volveré tan pronto pueda, o cuando tenga algo más que discutir con ustedes. ¿Ha comprendido bien la situación, muchacha?

Betty asintió.

—No deben dejarse ver, ni responder al teléfono... Yo no les llamaré de ahora en adelante, y soy el único que sabe que están aquí. ¿Comprenden?

Cuando llegaba a la puerta, tras él, Brake dijo:

—Está usted ganándose bien el dinero, Buchanan...

Se encogió de hombros, cerró y cada vez más perplejo emprendió el camino de regreso a Los Angeles.

Capítulo XI

PETER Shaw, rígido, estirado, con una expresión de altanería en su rostro aristocrático, dijo:

—Escuche, señor Buchanan. Sólo accedí a recibirle cuando mencionó el nombre del desgraciado Peter Brake. Era un hombre al que apreciaba. Pero no estoy dispuesto a soportar interrogatorios de ninguna clase sin saber a qué obedece su interés.

—Usted dice que apreciaba a Brake...

—Ciertamente.

—Entonces, le alegrará saber que yo estoy trabajando para él.

—¿Después de muerto?

—Brake no ha muerto, señor Shaw.

Por un instante, el aludido estuvo a punto de perder su rígida altanería.

—Desgraciadamente, su muerte no ofrece dudas —replicó no obstante—. ¿Qué clase de juego es el suyo, Buchanan?

—El hombre que tomó el avión con el nombre de Peter Brake era un impostor.

—No puedo creerlo.

Estaba desconcertado, de eso no cabía duda.

Era un hombre acostumbrado a los ingentes problemas que llevaba consigo el manejo de los asuntos de uno de los hombres más ricos del país. Quiere decirse que no solía perder fácilmente el control, pero esta noticia increíble le desconcertaba.

—No lo creo —insistió—. Más bien parece que usted quiere llegar a un fin determinado valiéndose de embustes y rodeos. Estoy seguro de que si Peter Brake estuviese vivo me hubiera llamado por teléfono para decírmelo. Manteníamos excelentes relaciones y no sólo financieras.

—Quizá no está en condiciones de hablar con nadie. ¿Quiere usted ayudarle, sí o no?

—Le ayudaría con todo cuanto estuviera en mi mano... si estuviera vivo.

—¿Accedería a responder a mis preguntas si yo hago que él le llame por teléfono?

—Señor Buchanan; no creo que Peter esté vivo, pero si por alguna clase de milagro lo estuviera, yo haría cualquier cosa por él, si

realmente me necesitara. ¿Responde eso a su pregunta?

—Por completo. Volveré a verle, Shaw.

Abandonó el despacho del casi inaccesible secretario y salió del edificio apresuradamente.

Por primera vez ese día se encaminó a su oficina. Si el capitán Sheridan había cumplido su amenaza, allí habría un par de polizones esperándole. La cosa no le importaba demasiado, porque una entrevista con Sheridan tal vez le pusiera algunas cosas en claro.

Sin embargo, no había policía alguno, sólo su secretaria pelirroja, que dio un respingo cuando le vio entrar.

—¡Su maldita costumbre de no decirme dónde puedo localizarle, cuando está fuera de la oficina! —le espetó por todo saludo.

—¿Qué pasa ahora? ¿Alguien ha declarado la guerra?

—Una mujer, joven, a juzgar por la voz.

—Ajá, ése es un buen tema. ¿Quién es ella?

—Según mis notas, Carol Mark. Está llamándole hace horas y a juzgar por su insistencia se trata de algo urgente y muy importante. Estaba casi histérica...

El ya no la escuchaba. Se precipitó a su despacho y descolgando el teléfono llamó a Carol a la oficina.

Consultó el reloj. Debía estar a punto de salir a comer, si no había salido ya.

Una voz de mujer surgió del auricular, pero no era la de Carol.

—Deseo hablar con la señorita Mark, por favor.

—La señorita Mark no está aquí. Yo ocupo su puesto interinamente para atender el teléfono en este departamento. ¿Qué puedo hacer por usted, señor?

—Sólo decirme dónde puedo ponerme al habla con Carol Mark.

—Lo siento, pero ignoro dónde está en estos momentos.

—¿Cuándo salió?

—Hace dos horas. Un asunto urgente, creo. Pidió permiso y se lo concedieron. Desconcertado, Buchanan sintió un extraño presentimiento.

—Por favor, si regresara, ¿querrá decir que llame a Buchanan? Ella ya sabe.

—Lo haré, señor.

Colgó. Su pelirroja secretaria estaba frente al escritorio, mirándole preocupada.

—¿Era tan importante como denota su actitud, jefe?

—Quizá más aún. ¿Cuándo llamó por última vez?

—Hace una media hora.

—Entonces, quizá vuelva a telefonear. Si lo hace, pásame la

comunicación inmediatamente.

—Perfectamente.

Nervioso, fumó de modo incesante, dando cortos paseos de un lado a otro del despacho.

Durante esa interminable espera, comprendió sus verdaderos sentimientos, lo que realmente experimentaba por aquella muchacha que había entrado en su vida como un huracán.

Y al darse cuenta de cuánto la quería, su inquietud creció.

Su secretaria salió a comer y él permaneció en la oficina, esperando.

Probó comunicar con ella en su apartamento, pero allí nadie respondió a su llamada. Más tarde, la pelirroja regresó y él salió el tiempo de engullir unos bocadillos. A su vuelta, la secretaria movió la cabeza, de un lado a otro, sin hablar.

Irwin se dejó caer sobre el sillón de su despacho, desentendiéndose de todo lo que no fuera la suerte corrida por Carol.

Siguió llamando a intervalos a la oficina donde trabajaba, pero en cada ocasión surgía la voz impersonal de la sustituta.

Tampoco en el apartamento de la muchacha tuvo mejor suerte.

Y así pasaron muchas horas, hasta que finalmente el teléfono cobró vida de pronto.

Lo atrapó de un zarpazo.

La voz de Carol, histérica de pánico, chilló:

—¡Irwin! ¿Eres tú?

—¡Sí! ¡Habla, pequeña! ¿Dónde estás, qué sucede?

—¡Dios, tienes que sacarme de aquí!

—¿De dónde?

—No sé... Estoy en una casa aislada en Burbank... Espera... El teléfono es Burbank 34768... Él ha salido y yo he podido llegar...

—¡Espera un minuto! ¿Quieres decir que te retienen ahí?

—¡Sí, sí! Y me ha golpeado... Es horrible..., tienes que venir...

—¿Quién es él?

—Webel... ¡Dios mío, ya vuelve..., he de colgar...! ¡Irwin!

Sonó un golpe y la comunicación se cortó.

El detective dejó el auricular. Su secretaria entró precipitadamente.

—Lo he oído —dijo—. ¿Va a localizar ese teléfono?

—Primero busque en la guía. Webel... A ver si coincide ese número. Para localizarlo por la policía habría de pedírselo a Sheridan y en estos momentos no me interesa ponerme en sus manos. Dese prisa.

La pelirroja salió de un salto. Buchanan abrió la caja fuerte y sacó de ella un revólver de cañón corto, barrigudo y de feo aspecto. Comprobó que estuviera cargado y luego lo introdujo en su cinto.

La secretaria le sorprendió a mitad de la maniobra y torció el gesto.

—¿Va a intentarlo usted solo?

El la miró y sus ojos eran dos simas de ira.

—Ya puede jurarlo. Si ese tipo ha golpeado a Carol, le mataré...

—Y se meterá en un lío...

—Bien, ¿qué hay de ese teléfono?

—Pertenece a un tal Arnold Webel, Terrace Gardens, 81, Burbank.

Él se quedó perplejo.

—Demasiado fácil —gruñó—. A menos que se trate de un idiota aficionado que se haya visto obligado a actuar precipitadamente.

Se dirigió a la puerta a grandes zancadas. Salió y la pelirroja sintió la tentación de rezar un responso para aquel desconocido Webel, que tenía todas las posibilidades de convertirse en cadáver...

* * *

Era una casa de buen aspecto, aunque de reducido tamaño. Rodeada de césped y arbolado, aislada en una calle residencial, era buen lugar donde mantener oculta a una persona contra su voluntad.

Buchanan se deslizó por el jardín resueltamente hasta la puerta.

Llamó y sus dedos se cerraron en torno a la culata.

No hubo respuesta.

Sacó el revólver y atisbo por una ventana. A través de los cristales distinguió un interior lujoso y cómodo, pero desierto.

De un golpe rompió el cristal, introdujo la mano y abrió los batientes, colándose al interior con los nervios tensos y el dedo tensado sobre el gatillo.

Aguzó el oído, pero todo era silencio. El aire olía a cerrado y a tabaco.

En unos minutos hubo recorrido toda la casa sin hallar el menor rastro de Carol. Rechinando los dientes, se detuvo pensando furiosamente.

Volvió a la cocina y por ella salió a la parte posterior del edificio. Así descubrió la ventana enrejada a ras del suelo correspondiente a un sótano.

Aunque miró por ella, el interior estaba demasiado oscuro para ver nada.

De modo que regresó al interior, y esta vez sus esfuerzos se encaminaron a encontrar la entrada del sótano.

Estaba disimulada en la caja de la escalera. Con el revólver por delante descendió cautelosamente.

Abajo había una pequeña puerta, que abrió sin dificultad.

—¡Carol! —exclamó.

Silencio.

Tanteó la pared, dio vuelta a la llave de la luz y se lanzó hacia adelante, zambulléndose en el aire para desconcertar a cualquier pistolero emboscado.

Pero nadie disparó. Cuando cesó de rodar se encontró a pocas pulgadas de distancia del rostro crispado de Carol.

La muchacha estaba tendida en el suelo, amordazada y con fuertes ataduras en manos y pies. La habían golpeado en la cara y tenía el vestido desgarrado salvajemente. Su maravilloso cabello aparecía revuelto y en desorden.

—Tranquila, pequeña, ya pasó todo —gruñó, incorporándose.

La libró de la mordaza y comenzó a luchar con los nudos de las cuerdas.

—¡Oh, Irwin, creí que iba a matarme! —estalló de pronto, cuando recobró la voz.

—Ya me ocuparé de él... ¿Estás herida?

—Sólo me golpeó.

—¿Por qué?

—Quería saber para quién busqué los datos.

Él se inmovilizó un instante.

—¿Qué datos?

—Los que te facilité. Me sorprendió cuando revisaba sus propios registros de llamadas... Lo encontré, Irwin.

—Más despacio, nena. ¿Qué fue lo que encontraste?

—Aquel nombre... Foley.

El dio un respingo, estupefacto.

—¿Dónde?

Los nudos cedieron y comenzó a friccionarle las muñecas para restablecer la circulación.

—En los registros de llamadas de Webel... Ese hombre lo llamó hace dos semanas y la secretaria anotó la llamada.

—Pero, bueno, ¿quién es Webel?

—Tú lo conoces... Le viste en la oficina. Es mi nuevo jefe.

—Entiendo. Es decir, no; no lo comprendo. Pero ahora quizá podamos hacer que

Brake recuerde algo más si le damos esos datos.

Ella se puso rígida.

—¿Quieres decir que el señor Brake está vivo?

—Ni más ni menos. Y ya discutiremos eso en otro lugar. Ahora hemos de salir de aquí. ¿Sabes adónde fue ese granuja?

—No... Me sorprendió cuando estaba hablando contigo por teléfono. Estuvo a punto de matarme y luego me trajo a este sótano. Cuando

estuve atada y amordazada se marchó...

—Lo que me desconcierta es que haya cometido una estupidez tan grande como para dejarte en condiciones de llegar a un teléfono. O yo estoy loco o se trata de un fulano que tiene cerebro..., aunque quizá lo tenga tarado, si uno lo piensa bien... ¿Puedes sostenerte?

—Sí, ahora sí... ¡Oh, Irwin, creí morir cuando él me trajo aquí!

—Está bien, ya le ajustaré las cuentas.

Sosteniéndola firmemente, la ayudó a subir las escaleras hasta la planta superior. Seguía empuñando el revólver y la cólera que sentía le empujaba a desear poder tirar del gatillo cuanto antes... teniendo al tal Webel por blanco.

Sólo que no apareció por ninguna parte. Llegaron al coche y el detective lo lanzó en busca de la carretera de la costa, ya que ahora tal vez el cerebro de su cliente, empezara a ver la luz.

Capítulo XII

CAROL se quedó petrificada ante el que fuera su jefe, y al que creía muerto en el accidente de aviación.

Por su parte, Buchanan, con los ojos entrecerrados, escrutaba el rostro de Brake esperando ver en él un rictus de reconocimiento, algo que delatara si su mente recobraba la lucidez.

Brake dijo:

—¿Qué pasa, por qué me miran así?

—¿No la reconoce?

La mirada del amnésico se posó de nuevo sobre la hermosa rubia.

Desde el diván, donde estaba sentada, Betty murmuró:

—¿Sería posible que se dejara de «suspense» y hablara claro de una vez, amigo?

—¡Cállese!

Brake rezongó:

—¿Quién es, Buchanan? Sé que he visto ese rostro alguna vez... pero eso es todo.

—Carol. Carol Mark.

—¿Carol?

Buchanan avanzó empujando suavemente a Carol.

—Es su secretaria, Brake. ¡Tiene que recordarla, maldita sea!

—¿Carol? —repitió, perplejo—. Bueno, debe serlo, pero no puedo recordarla por mí mismo.

—Y a Webel, ¿le recuerda?

—Tampoco...

—Escuche, Webel es el hombre que está detrás de lo que está sucediéndole a usted. Tuvo tratos con el individuo que tomó el avión utilizando el nombre de usted... y ese individuo era un matón a sueldo, quizá un asesino. ¡Maldita sea, tiene que recordar usted! ¿Por qué Webel envió a un matón en su lugar a Honolulu, para entrevistarse, con la señora Bowman?

—¡No lo sé, Buchanan! ¿No comprende? Cuanto más lo intento más confundido estoy... ¡Es para volverse loco!

—La señora Bowman invirtió cien mil dólares en su compañía, y más tarde escribió reclamando los comprobantes de esa inversión. Usted

debió tramitarla, porque esa carta fue el motivo por el cual usted se decidió a hacer el viaje en avión... ¿Dónde entra Webel en ese negocio?

—No lo sé.

Carol murmuró:

—Quizá yo pueda...

—¿Lo sabes tú?

—No, pero recuerdo que cuando se recibió esa carta me sorprendió, porque yo no había tramitado nada del asunto. Pensé entonces que el señor Brake había llevado todo el papeleo personalmente, ya que la señora Bowman mantenía frecuente correspondencia privada con él.

—¿Y qué sugieres?

—Nada en concreto. Pero si esa inversión no se realizó...

—Ya veo. Webel pudo haber escamoteado los cien mil dólares. ¿Es eso lo que imaginas?

—Estaba en condiciones de hacerlo.

—Claro, se quedó con los cien mil dólares, y cuando Brake se dispuso a hacer el viaje para aclarar el asunto, pagó a Holstein para que le hiciera desaparecer. Sólo que Holstein era demasiado ambicioso y trató de hacerle víctima de un chantaje manteniendo vivo a su víctima...

Betty gruñó:

—Ojalá le hubiera roto el cuello cuando se presentó en casa con Brake...

Este no le hizo caso. Estaba boquiabierto, pero reaccionando masculló:

—Supongamos que tiene usted razón... ¿Por qué envió a alguien en mi nombre?

—Porque usted había escrito a la señora Bowman y para eso envió un asesino. Muerta ella, ya nadie podría relacionarle nunca con los cien mil dólares desaparecidos.

Desde la puerta, una voz dijo:

—Acertó. Va a tener usted el premio.

Buchanan se volvió como una centella, hundiendo la mano bajo la chaqueta.

Había una pesada automática apuntándole y se quedó inmóvil, rechinando los dientes.

Arnold Webel enseñó los dientes en una mueca de lobo.

—Lástima desperdiciar su inteligencia, detective. Si alguien hace un movimiento que me disguste, dispararé. Este es un buen lugar para hacer ruido sin que nadie venga a meter la nariz.

—De modo que es usted —rechinó Betty, desde el diván. Ni siquiera se había movido.

—Usted... usted debe ser la amante de Holstein. Ahora comprendo

que yo no pudiera localizarla.

—De manera que estuvo buscándola también.

La voz de Buchanan semejaba el chirrido de una sierra.

—¡Pues claro! Ella sabía... tanto como Holstein, y debía desaparecer, como desaparecerá ahora.

—¿Cómo ha llegado hasta aquí?

Webel cerró la puerta con el pie y se quedó recostado contra ella.

—Siguiéndole, tipo listo. ¿Por qué demonios cree que le permití a Carol telefonearle? Naturalmente que fue un riesgo, porque ella podía llamar a la policía, pero si lo hubiera intentado la habría matado allí mismo. Afortunadamente le llamó a usted... y aquí estoy. Ahora, saque esa pistola que lleva, y hágalo con mucho cuidado, o la primera bala irá a estropear ese bonito cuerpo de mi linda secretaria...

Dominando la ira, Buchanan sacó el revólver y lo arrojó a un lado.

Sólo entonces, Webel avanzó, pero moviendo su enorme pistola para que todos vieran que una bala les podía detener en cualquier momento si se sentían héroes.

—Tuviste mala suerte, Brake —cacareó—. Si cuando despertaste junto al espectáculo que te preparé hubieses perdido la chaveta y llamado a la policía, todo hubiera sido más fácil. El terror te habría dejado enajenado, por lo menos, el tiempo suficiente para haberte comprometido ante la ley... hubieses cargado con el mochuelo y asunto resuelto.

—¡Tú... mataste a aquel hombre...!

—Ciertamente. Lo malo fue que quise hacerlo de modo que tuvieses un alegre despertar.

—Y lo tuve... ¡Y por cien mil dólares! ¿Qué clase de bestia salvaje eres?

—No se trataba sólo de los cien mil... que por otra parte son mucho dinero. Pero estabas tú, ¿entiendes? ¡Tú, maldita sea! ¡Siempre encaramándote, escalando puestos, adulando al consejo directivo, elevándote...! ¿Crees que iba a quedarme en la cuneta sólo por amistad? Ya viste... tan pronto faltaste, yo ocupé tu puesto.

Buchanan gruñó:

—¿Cómo sospechó que yo tenía a Brake oculto?

—No lo sabía, pero cuando Carol comenzó a escarbar en los registros, y en el archivo me enteré de que había sacado una copia de la carta de la señora Bowman, sospeché que estaba haciéndolo para Brake... o para alguien que trabajaba para él. Por eso tendí la trampa.

—Y yo me tragué la carnada con sedal y todo... Muy bien, ¿cuál es su gran idea, matarnos a todos?

—Sinceramente, ¿me queda otra salida? No puedo correr más riesgos...

Betty mascullo:

—Apuesto que lo lamenta profundamente.

—¡Cállate!

Aturcido, desconcertado, Brake se adelantó unos pasos y balbuceó:

—Pero... si enviaste a un hombre en mi puesto, ¿por qué volaste el avión? No tiene sentido...

Las cejas del asesino saltaron hacia arriba.

—¿Imaginas que yo coloqué una bomba en ese avión?

—¿Y no es cierto?

—¡Por supuesto que no! A mí me interesaba que Foley llegara a Honolulu. Ahora habré de ocuparme personalmente de la maldita vieja...

—Entonces... ¿por qué lo volaron?

Buchanan dijo:

—Eso no importa ahora. Webel, nos mate o no, está usted acabado. Ni siquiera un profesional podría escapar del lío en que ya se ha metido... Cargar con cuatro muertes más sobre sus espaldas es idiota.

—¡No me diga!

Se echó a reír. Sus ojos saltaron de uno al otro, como buscando su primera víctima. Aún riéndose cacareó:

—¡Empezaré por las chicas, Brake! Lástima desperdiciarlas, pero no puede ser de otro modo...

La pistola se ladeó hacia Betty. La muchacha le miró con miedo en las pupilas, pero sin alterarse demasiado. La vida había sido tan dura para ella que tal vez le importase poco vivir o morir.

Webel gruñó:

—¿No vas a suplicarme, zorra?

—¡Púdrete!

Webel rechinó los dientes.

Buchanan vio que iba a disparar. Que el dedo se tensaba sobre el gatillo...

Entonces saltó.

Fue una exhibición de fuerza y agilidad asombrosa, que le llevó como un proyectil a estrellarse contra el costado del asesino cuando Webel ya ladeaba la mano armada para cazarle.

Sonó el bronco rugido de la pistola y la llamarada le chamuscó los cabellos.

Luego, los dos rodaron como fieras. Buchanan conectó un zurdazo terrible en la cara de su enemigo. La boca de Webel reventó en medio de un surtidor de sangre. Volteó la mano que aún sostenía la pistola, pero una zarpa de hierro le atrapó y empezó a retorcérsela...

—¡Suelta la pistola o te hago pedazos! —rugió el detective.

Brake saltó hacia adelante, intentando ayudar a Buchanan, pero los dos hombres rodaban salvajemente y era imposible intervenir.

Buchanan descargó otro trallazo que hizo crujir los huesos de la cara de su adversario. Webel rugió y concentró sus fuerzas en librar la mano de la pistola.

El arma se disparó de nuevo. Un bramido que ensordeció a Buchanan.

Tras él, Brake retrocedió a trompicones, aullando y cubriéndose la cabeza con las manos, hasta que se desplomó cerca del diván.

Buchanan se irguió poco a poco, apresando la muñeca de Webel y descargándole una lluvia de reveses con la izquierda con ánimo de desconcertarlo. Luego, de pronto, cuando estuvo afianzado sobre sus pies, dio un salvaje tirón y el brazo armado crujió. Sonó como una caña que se rompe, y Webel lanzó un lamento agónico, olvidándose de todo lo que no fuera el terrible dolor de su brazo roto.

La pistola rebotó en el suelo. Buchanan le soltó, pero sólo el tiempo de adquirir impulso. Su puño zumbó como un cohete y estalló en el desgarnecido mentón del asesino con la fuerza de una bomba.

El mentón sonó poco más o menos como antes el brazo, Webel se elevó en el aire y luego voló, para estrellarse de cabeza contra la puerta cerrada.

Cuando cayó al suelo estaba completamente inerte, tenía la cara torcida de manera espeluznante y apenas respiraba.

Jadeando, Buchanan se volvió, acercándose a Brake.

—¿Está muerto? —masculló.

—Creo que no... pero sangra por una herida en la cabeza...

Se inclinó sobre él. La bala había abierto un profundo surco en el cráneo del ejecutivo.

—Va a tener otro buen dolor de cabeza —comentó, furioso—. Ese condenado cerdo...

Recogió las armas y se ocupó de reconocer a Webel. El tipo vivía, pero tenía la mandíbula rota y sangraba como un cerdo por la nariz y la boca.

Betty acunaba amorosamente al desvanecido Brake, tratando de contener la sangre de su herida.

Carol susurró:

—¿No crees que deberíamos llamar a un médico?

—Llamaré a la policía y ellos traerán uno. Ya estoy harto de este maldito asunto.

—Pero, Irwin... ¿No te parece que acusarán a Brake del atentado al avión? Después de todo, él se quedó en tierra y otro hombre ocupó su asiento utilizando la identidad de Brake.

—Betty puede atestiguar en su favor. Además, los policías son lentos,

pero no tontos.

Descolgó el teléfono y habló rápidamente con el capitán Sheridan.

Cuando colgó, Brake gemía tan débilmente como un gatito recién nacido.

* * *

Un enorme «Rolls-Royce» plateado maniobró majestuosamente en la ajardinada plazoleta, antes de enfilear la entrada al aparcamiento del impresionante edificio de acero y cristal, que se erguía como una saeta desafiando las nubes.

Cuando hubo desaparecido en el interior de la oscura entrada del aparcamiento, Buchanan se apeó de su «Mustang». Encendió un cigarrillo y levantó la mirada hacia lo alto.

En la cumbre de aquella sólida mole, imperio de poder y de riqueza, un gran rótulo chispeante rezaba:

HULSTON BUILDING

Buchanan paseó luego la mirada por la plazoleta salpicada de jardines que separaba la calle de la entrada del edificio. Echó a andar tras consultar su reloj y arrojó el cigarrillo cuando las puertas de cristal, automáticas, se deslizaron ante él franqueándole al paso al inmenso vestíbulo de mármol negro.

Caminó hacia la batería de elevadores y subió hasta el vigésimo piso, donde se enfrentó a una bien provista secretaria.

—Hablé con el señor Shaw por teléfono. Me espera.

—¿Su nombre, si es tan amable?

—Buchanan.

—Aguarde un instante.

Espéro hasta que la muchacha le indicó que podía cruzar la puerta del santuario de las finanzas.

Parker Shaw, rígido y presuntuoso como de costumbre, dijo por todo saludo:

—Puedo concederle cinco minutos, señor Buchanan. Pero antes, déjeme decirle que he leído los periódicos y ya sé que Peter Brake está vivo. Es una historia sorprendente y apasionante. Y ahora, si es tan amable, pasemos al asunto que le ha traído aquí.

—Va a tener que dedicarme más de cinco minutos, señor Shaw. La historia, además de apasionante, es larga.

—Imposible. Acaban de indicarme que el señor Hulston ha llegado. Dentro de unos minutos habré de reunirme con él en su despacho para

despachar los asuntos urgentes. ¿Qué es concretamente lo que usted desea?

—Bueno, generalizando un poco, lo que yo deseo realmente es echarle la zarpa a un asesino, señor Shaw.

El brillante ejecutivo enarcó las cejas. Tal vez se puso un poco más rígido.

—Eso es cuenta suya —dijo, ceñudo—. Los periódicos dicen —que ya ha sido detenido el asesino... un tal Webel, o algo así. De modo que sigo sin comprender qué es lo que ha venido usted a discutir aquí. Y me permito recordarle que sus cinco minutos están agotándose.

—El asesino a quien yo me refiero es mucho más brutal y salvaje que Webel... Es un asesino que no le importó sacrificar a ciento y pico de personas, sólo para asesinar a Peter Brake.

—¿De qué demonios está hablando?

—Del sabotaje en el avión, señor Shaw.

—Está haciéndome perder un tiempo inmensamente valioso. No veo una sola razón por la que deba venir a contarme eso a mí.

—Exactamente, lo que deseo es contárselo a su jefe.

El altivo secretario dio un respingo, enderezándose en su sillón.

—¿Al señor Hulston? —boqueó, como si esa sola idea fuera un sacrilegio—. ¿Cree usted que el señor Hulston recibe a cualquiera, sólo con pedirlo? Hace meses... tal vez más de un año, que nadie ha sido recibido por él, a menos de haber sido citado previamente. Y en esas ocasiones, fue por razones mucho más sólidas que las suyas.

—Confío en que ahora haga una excepción.

—No existe ni la más remota posibilidad, Buchanan.

Este suspiró y estiró sus largas piernas, retrepándose en la butaca.

—Tal vez no me he sabido explicar con suficiente claridad. Quiero ver a Hulston. Quiero que me oiga. Y quiero que sea ahora. Y quiero que se meta en la cabeza que no me importan sus millones, ni su poder ni sus artimañas de sátrapa. Voy a acusarle de asesinato de más de cien personas y para ello quiero hablarle antes de hacer estallar la bomba.

Parker Shaw estaba lívido. Con voz ahogada balbuceó:

—¡Usted debe estar loco, Buchanan...!

—Completamente.

Shaw salió de detrás de la mesa y rodeó ésta, plantándose ante el detective con un violento temblor en las manos. Un temblor de ira, de cólera apenas retenida.

—¡Formularé una demanda contra usted si insiste en su absurda actitud! —gritó—. Lanzaré contra usted a los mejores abogados del país...

—Pensé que iba a amenazarme con colocarme una bomba bajo el asiento. Porque fue usted quien hizo los arreglos necesarios para ese

trabajo. Hulston sólo dio la orden. ¿No fue así?

—Se la ha ganado —barbotó el impecable secretario.

Volvió a la mesa y descolgó el teléfono, dando despectivamente la espalda a Buchanan.

Empezó a marcar un número. Estaba a la mitad cuando un puño como una maza se abatió sobre su mano. Fue un impacto terrorífico, porque aquel puño estaba entrenado en salvajes sesiones y el suyo no.

Los dedos crujieron y parte del aparato telefónico se hizo añicos. Los pedazos saltaron en todas direcciones entre salpicaduras de sangre de los dedos rotos.

—No vine aquí a jugar con picapleitos, Shaw —le advirtió el detective—. Quiero ver a Hulston y usted me llevará hasta él.

El secretario, mareado de dolor, con todo girando a su alrededor, se deslizó de rodillas sobre la alfombra y quedó apoyado en la mesa, gimoteando. Cuando dirigió su mirada a su mano aplastada, en la que se habían clavado trozos del armazón del teléfono, estuvo a punto de desmayarse.

Pero una mano como una garra le atrapó por el cuello y levantándolo en vilo le zarandeó sin consideraciones.

—¿Quiere que le «ablande» un poco más, o va a ser razonable, Shaw?

—¡No sabe lo que está haciendo... el señor Hulston le hundirá... es el financiero más poderoso del país...! Haga lo que haga está perdido, Buchanan.

—Deje que sea yo quien se preocupe de mi cabeza. Andando.

Apretándose la mano contra el pecho, Shaw echó a andar a trompicones hacia una sólida puerta. La abrió y atravesaron una espaciosa sala de conferencias desierta.

Al otro lado, un pesado cortinaje azul ocultaba la puerta del despacho del financiero. Shaw iba a llamar cuando Buchanan abrió la puerta y le empujó ante él.

Hulston había rebasado los cincuenta años. Era delgado, aristocrático y casi calvo. Su mirada de ave de presa chispeaba cuando la dirigió hacia los dos hombres.

—¿Qué significa esto, Shaw?

—¡Ese loco, señor...!

—Me llamo Buchanan.

—¿Y qué con eso?

—He venido a acusarle de asesinato, Hulston. Sabotaje criminal al hacer estallar un avión en el que perecieron más de cien personas.

—Desde luego, está loco.

Descolgó un teléfono, de los cinco que había sobre sus enorme escritorio, y con voz rotunda ordenó:

—¡Señorita Tibbell, llame a la policía inmediatamente y pásame la comunicación!

Se quedó esperando.

Buchanan sacó pausadamente su feo revólver y levantó el percutor.

—Espero —dijo—, que los policías oigan el estampido a través del auricular.

Apuntó a la cara del millonario y esperó.

Hulston se puso lívido. Sabía que podía manejar casi todas las —situaciones por embarazosas que fueran, pero aquélla 'escapaba a su poder.

—¡Guarde esa pistola! —gruñó, colgando el auricular—. ¿Qué es lo que realmente quiere, Buchanan, dinero?

—¿Cuánto?

—Sólo por quitármelo de encima... diez mil dólares.

—Necesitará usted mucho más para librarse de lo que le va a caer encima. Usted, Shaw, deje de gimotear y siéntese... Voy a contarle una historia, Hulston, la historia de un millonario que adquirió una línea aérea. Una compañía de aviación, mediante un sucio truco en la Bolsa. Hizo bajar fraudulentamente las acciones y luego compró. Sólo que la mayoría de pequeños accionistas no llegaron a cobrar siquiera el valor de la baja... ¿No le parece una operación brillante? Claro que para llevarla a cabo ese millonario necesitó la protección del poder establecido... La protección de todo un jefe del partido político en el cual milita. Ese jefe del partido es ahora un personaje mucho más importante. ¿Me sigue, Hulston?

—Cuando acabe usted estará hundido hasta el infierno, Buchanan, con pistola o sin pistola.

—Sí, bueno, otras veces me dijeron algo semejante. Volviendo a mi historia, ese personaje político necesitó cuantiosas aportaciones para su campaña electoral. Y actualmente, esas aportaciones están cuidadosamente controladas por el Senado. Usted aportó un millón a esa campaña... un millón de dólares bajo mano, ilegalmente. Usted es el millonario de la historia, Hulston.

—¿Ha terminado?

—Aún no. Incluso para un tipo como usted resulta difícil sacar un millón en metálico de los Bancos. Los Bancos son una gente condenadamente meticulosa. Lo anotan todo, ¿no es cierto? Y siempre quedan pistas, que un periodista cualquiera puede levantar y desencadenar un escándalo como el de Watergate, por ejemplo... Usted hizo algo mejor. Tenía inversiones que no constaban en sus cuentas, inversiones que le servían para defraudar al fisco. Bueno, realizó una parte de esas inversiones y reunió un millón, que aportó ilegalmente a la campaña electoral de su buen amigo político. Sólo que cometió un

error... un pequeño error. El ejecutivo que tramitó la conversación de sus inversiones se llamaba Brake, era un individuo honesto, y averiguó a dónde iba a parar ese dinero.

—Es usted un lince. ¿Cómo va a probar todo esto, Buchanan?

—Brake está vivo, ¿sabe? Y una bala que le golpeó la cabeza hizo que recobrase la memoria. Ahora, sé que fue su secretario quien se cuidó de que bebiera como un cosaco la noche de la fiesta, y quien mostró sumo interés en averiguar y asegurarse que iba a tomar el avión de Honolulu.

—¿Eso es todo?

—También fue su secretario quien hizo los ajustes con el «técnico» que colocó el explosivo. El amigo Shaw es una laboriosa hormiguita cuando se trata de trabajos sucios.

—Entonces, parece ser que es a mi secretario a quien está acusando de todos estos crímenes, Buchanan.

Shaw dio un salto.

—¡No puede hacerme esto a mí, señor Hulston! —bramó.

—¡Cállese, estúpido! ¿Ha terminado usted, detective?

—Sólo me resta añadir que de aquí voy a acudir a una rueda de Prensa donde expondré todo el caso. Desde su fraudulenta adquisición de la compañía aérea, amparado por su valedor político, hasta la ilegal contribución a la campaña electoral que no fue más que soborno, y acabando con lo del sabotaje al avión para librarse del único testigo de este último fraude... Ni todos sus millones podrán hacer callar a la Prensa del país.

Hulston murmuró:

—No le temo, Buchanan. Usted, a mi lado, es un pigmeo. Pero reconozco que si hace lo que acaba de anunciar va a crearme muchos quebraderos de cabeza... ¿Cien mil dólares?

—Baje de las nubes.

—¿Se da cuenta de que va a enfrentarse también con el poder político y que nunca podrá usted vencer?

—Tal vez no, pero por lo menos lo habré intentado.

—Estoy dispuesto a llegar a medio millón, Buchanan.

El detective miró su reloj de pulsera.

—Mi cotización está en alza, ¿eh, Hulston?

El millonario se levantó pesadamente.

—No subiré un centavo más. Tómelo o déjelo.

Shaw dijo con voz débil:

—Yo necesito un médico...

Nadie le hizo caso.

Buchanan se guardó el revólver y avanzó hacia la mesa, rodeándola.

—¿Sabe usted, Hulston? Este país tiene unas leyes casi perfectas. Incluso se ha abolido la pena de muerte... Son tan perfectas que incluso amparan a criminales de su altura... con más de cien muertes en las espaldas.

—Pruébelo, si puede.

—No.

—¿Cómo?

—Sé que no podré probarlo a menos que usted o esa sanguijuela que tiene de secretario confiesen...

—¡Yo no quiero saber nada de esto, Buchanan! —chilló Shaw.

Irwin disparó el puño. El mazazo retumbó en un costado de la cabeza del secretario y éste se hundió como un buque torpedeado.

Hulston gruñó:

—Nunca podrá probarlo, Buchanan, aunque Shaw confesara, cosa que no hará porque sabe lo que se le vendría encima. Sólo si pudiera lograr la corroboración del tipo que colocó la bomba tendría alguna probabilidad, pero ese individuo sufrió un lamentable accidente la misma noche que hizo el trabajo, así que..., ¿le queda alguna esperanza?

—Una.

Y lanzó la derecha.

La nariz de Hulston estalló, aplastándose.

Con un rugido, el millonario retrocedió a trompicones, pero logró afirmarse sobre las piernas y ciego de ira repelió el ataque.

Era un hombre fuerte, acostumbrado al ejercicio deportivo. Pero no estaba entrenado para esta clase de luchas.

Recibió un puntapié en la ingle y se dobló, gruñendo.

Buchanan le disparó los puños como pistones de una máquina de vapor. Hulston manoteó y consiguió conectar un par de golpes que hicieron tambalearse al detective.

Pero cuando iba a repetir la suerte, un *flap* terrible le dejó sin aliento y cayó sentado sobre la alfombra.

Buchanan gruñó:

—Tal vez no pueda probarlo, pero su crédito y el de su amigo politicastro se hundirán para siempre, porque lo del millón de dólares sí quedará probado... ¡Levántese!

Se irguió, respirando con dificultad. Sus piernas no estaban muy seguras.

—Tiene que pagar... por cien muertos, Hulston... pagar lo que la ley no puede exigirle...

—¡Un millón, Buchanan!

Este tomó impulso y lanzó una derecha como una bala de cañón.

Hizo casi el mismo efecto y la cara tumefacta del millonario pareció

desintegrarse entre un chorro de sangre, al tiempo que salía lanzado hacia atrás. Fue a estrellarse de espaldas contra la pared, junto al enorme ventanal.

Ciego, enloquecido tanto por el dolor como por la humillación que esa pelea representaba para él, Hulston sacudió la cabeza y avanzó, gruñendo y dejando un reguero de sangre a sus pies.

La puerta se abrió cuando Buchanan volvía a apuntalar los pies en el suelo y su brazo retrocedió en busca de impulso.

—¡Quieto...! —gritó Sheridan.

Fue demasiado tarde. El puño zumbó, elevándose, respaldado por todo el empuje del cuerpo. Estalló bajo el mentón, del millonario y éste perdió contacto con el suelo, manoteó cuando volaba hacia atrás y luego golpeó de cabeza contra la cristalera, hubo como una explosión, un estallido de cristales y en medio de millares de fragmentos chispeantes de sol el corpachón desapareció más allá, de la ventana y Sheridan lanzó un grito, y Buchanan se quedó petrificado, igual que clavado en el suelo mirando sin, creer lo que veía.

—¡Maldita sea tu retorcida alma! —chilló el capitán Sheridan, zarandeándole—. ¿Te das cuenta de lo que hiciste?

—No pensé... no creí que acabaría así. Todo lo que yo...

—¡Cierra la boca!

Sheridan se asomó a la ventana rota. Veinte pisos más abajo, en la calle, los coches se habían detenido y un grupo de gente empezaba a congregarse en torno a una mancha oscura y roja.

—En buen lío me has metido —rezongó el policía, yendo hacia el teléfono. Mientras discaba un número dijo—. ¿Te atacó él por lo menos?

—No exactamente... fue...

—Te atacó. Y ahora lárgate, trataré de arreglarlo...

¡Ah, tipo listo! Tengo pruebas de la relación de ese tipo, Shaw, con un especialista en explosivos...

—Shaw confesará ahora que su jefe está muerto. Pero te repito que yo no quise hacer eso, Sheridan... sólo— deseaba aplastarle la cara por lo que hizo con los desgraciados del avión...

—¡Fuera de aquí! ¿Qué? ¡No, condenación, no era a usted! —añadió, dirigiéndose al teléfono.

Buchanan abandonó el despacho. Fuera, los empleados habían dejado de trabajar y se precipitaban hacia las escaleras.

Salió cuando empezaban a llegar los coches policíacos. Sonaban sirenas por todas partes y la calle se había convertido en un manicomio.

Se alejó. Sentía un gusto nauseabundo en la boca. La misma náusea que parecía llenarlo todo a su alrededor.

Peter Brake dijo:

—Se ganó usted bien mi dinero, Buchanan. Hizo un buen trabajo. Pero eso no le autoriza a birlarme la secretaria.

—Carol ya no es su secretaria.

Acaba de darle cuenta de los últimos sucesos y tenía a la muchacha sujeta por la cintura, disponiéndose a abandonar el apartamento del ejecutivo.

—¿Qué dice usted, muchacha? —sonrió éste.

Carol miró al detective. Sus ojos reían.

—¿Sabe usted, señor Brake? Me ha invitado a compartir su botín. Y voy a hacerlo.

—¿Qué botín?

—Sus diez mil dólares —dijo Irwin—. Tengo dos pasajes para Honolulu y no conozco otro lugar mejor donde gastarlos.

Llevando a la muchacha casi en vilo, se dirigió a la puerta, la abrió, salió y cerró de un portazo.

Brake se acordó de cerrar la boca un siglo más tarde. Entonces empezó a reír y se consoló pensando que, después de todo, él estaba vivo gracias a aquella pareja y eso le consoló.

Entretanto, la pareja, detenidos en el rellano, estaban abrazados estrechamente, besándose ante la atónita mirada del encargado del ascensor que esperaba para llevarles a la planta baja.

F I N

LAS MEJORES OBRAS DE:
**«SUSPENSE», ESPIONAJE
Y POLICIACAS**

ESCRITAS POR LOS MEJORES
AUTORES DEL GENERO



COLECCION

**PUNTO
ROJO**



COLECCION

**SERVICIO
SECRETO**



COLECCION

LA HUELLA



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

MORA LA NUEVA, 2 - BARCELONA (España)

PRECIO EN ESPAÑA: 15 PTAS.

Impreso en España